

Muñoz
Barberán



Nuestro agradecimiento a las firmas colaboradoras, sin cuyo aliento hubiera sido inviable el nacimiento de este nuevo boletín. Amigos callados, procuradores de la tradición, que, bajo el gentil pretexto del interés publicitario —más intencionado que eficaz—, velan, como el pastor a su rebaño, para que un infortunado descuido no arrebatase lo que costó tiempo y esfuerzo, velan para que la indiferencia, el desarraigo, la arrasadora voluntad de modificar, sin más causa que su pertenencia al pasado, sesguen una tradición entrañable, una reflexión, una conciencia de niñez vivida y una garantía de que la obra pervivirá a su autor.

PERFUMERIA LONDRES 1
PERFUMERIA LONDRES 2
FERRETERIA PARRA
SANEAMIENTO FLORIDABLANCA, S.A.
SIGMA
HOTEL RESIDENCIA CONDE DE FLORIDABLANCA
MANUEL MEDINA, S.A.
RITMO
Instrumentos musicales
QUILES
Artículos del bebé
ESTRELLA DE LEVANTE
CONFITERIA RUIZ FUNES
JOSE ORTIZ FERNANDEZ
Farmacia
PEDRO VALVERDE SERRANO
Depos. Cerveza Cruz Campo
CALZADOS GUERRERO
MECA
Molduras, acuarelas, óleos
CASA EMILIO
Restaurante
ACADEMIA PEREZ DE LEMA
DROGUERIA SANCHEZ IZQUIERDO
FRANCISCO PELLICER GARCIA
Repuestos y accesorios
CONFITERIA BARBA
FONDA NEGRA
Ultramarinos
J. ALBULQUERQUE
Motocicletas y bicicletas
MUEBLES LA FABRICA
FINISTERRE, S.A. de Seguros
CALZADOS LA CARMELITANA
LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
Seguros

GARAJE DEL CARMEN
CASA MATEO
Restaurante
MATEO II
Cocina murciana
AUTO ESCUELAS SAN CRISTOBAL
Dtor. Fernando Alfaro Beltrán
MUEBLES CONVERTIBLES MARIANO RUIZ
CONFITERIA LA RUIDERA
CHYS
Artículos para regalo
RAIMUNDO
Mariscos y pescados
CALZADOS RIO
CALZADOS RIO GRANDE
UNIVERSAL PACOCHE
Hostal residencia
RINCON DE PEPE
Hotel Restaurante
SALVADOR RUBIO
Ciclomotores Honda
GARCIA TOVAR
Repuestos y accesorios
CAJA DE AHORROS ALICANTE Y MURCIA
NORTE HISPANIA DE SEGUROS
Delg. Diego Vidal García
CRESA. Aseguradora Ibérica
Delg. José Serna Mora
FUNERARIA DEL CARMEN
Sala de velatorio
COPIADUX, S.A.
Delg. José Nicolás Nicolás
CLIMENT
Foto cine-video
CALZADOS PEREA
TEJIDOS COLON
BAZAR JAPON
Art. Importación

MIERCOLES SANTO

PROCESION DE «LOS COLORAOS»

AÑO XXXVI

MURCIA 15 ABRIL 1984

Boletín de la Real, Muy Ilustre y
Venerable Archicofradía de la Preciosísima
Sangre de Nuestro Señor Jesucristo

COLABORAN:

Carlos Valcárcel
Antonio Garricos. Pbro.
José Carmona
José Andúgar
Antonio de los Reyes
Vicente Cano
Alberto Sevilla
José Emilio Rubio
Joaquín Campillo
Rafael García
José Luis Melendreras
Manuel de Gracia
Antonio Guillermo Alarcón
José Emilio Rubio
José F. Carreres
Luis Linares
J. Freixinós
Fulgencio Saura
Antonio Díaz
Antonio Cerdá
Antonio Segado



El año 1983 ha sido prolijo en acontecimientos para la Archicofradía. A los que cada año se suceden, en el transcurso de los días y los meses, como son los cultos cuaresmales y los ordinarios, reanudados desde octubre y que se vienen celebrando en la misa de siete de la tarde de los primeros miércoles de cada mes; a las reuniones mensuales, con las excepciones de los veraniegos; a las semanales, desde el miércoles siguiente a Ceniza hasta el anterior a Miércoles Santo, en fin, a los Cabildos Generales celebrados, todos ellos de carácter ordinario, hay que añadir nuestras dos procesiones, la grande y la chica, la del Miércoles y la del Viernes Santo, ambas de distinto ambiente, pues la primera se mueve dentro del ámbito tradicional y la segunda lo hace dentro de los recientes moldes, pero sin olvidar, en nada, su origen murciano y en vinculación plena a la Cofradía Colorada.

Esta breve historia, junto al recuerdo de quienes se fueron a las regiones de la eterna luz y al saludo a quienes llegaron a engrosar nuestras filas, así como el agradecimiento y el apretón de manos de quienes ya somos viejos amigos en este menester de hacer la Cofradía cada día, cada mes, cada año y cada siglo, pues unos nos legaron su viejo y glorioso pasado y nosotros tenemos el sagrado deber de transmitirlo íntegro, sin alteración alguna, mejorado si es posible, tanto en lo espiritual como en lo artístico y humano. Esta breve historia bastaría para hacer un balance del año que se fue y para abrir las puertas al que se nos entra con la Cuaresma y la Semana Santa que vamos a vivir.

Pero, como decía antes, la Cofradía, la Archicofradía, no se limita, con ser esto lo más preciso, a conservar el viejo legado, la antiquísima historia, el bagaje cultural, artístico, religioso y humano. La Archicofradía quiere recuperar el esplendor, parte del esplendor perdido, a lo largo de unos tiempos que es mejor olvidar o archivar en el último rincón de la memoria. En ese camino se vino avanzando desde 1939. Ahí están los pasos restaurados, las incorporaciones en sustitución de los destrozados.

Pero queda uno por restablecer, Jesús en casa de Marta y María, paso que en la Semana Santa de 1985 será incorporado a la procesión del Miércoles Santo. Es una generosa donación de un grupo de murcianos, nazarenos desde ahora de las filas coloradas, cuyos nombres quedarán inscritos en el libro de oro de la asociación.

Otro grupo de murcianos, cuyos nombres ya figuran en los anales de la Archicofradía, los donantes del trono del Cristo de las Penas, entregarán, generosamente, un grupo completo de esculturas, Jesús de las Penas, un soldado romano y un sayón, grupo que saldrá en la procesión del Miércoles Santo del año 1986. El actual Cristo de las Penas, un Ecce-Homo, como el primitivo del siglo XVII, recibirá culto en la iglesia en que se asienta la Archicofradía.

Pero en este mismo año, en la procesión del próximo Viernes Santo por la noche, llamada del Retorno del Calvario o de la Soledad, la Archicofradía estrena la preciosa figura de la Virgen, tallada y donada por el gran escultor murciano Antonio Campillo, quien, también, es un miembro de honor de nuestra entidad, dada su generosa aportación y cariño por la asociación nazarena.

He aquí el resultado de un año de gestión, en la que se han conjugado las obligadas atenciones al pasado y al presente de la Archicofradía y en el que se ha tenido muy en cuenta el futuro inmediato de la misma, con vistas a una mayor riqueza, brillantez y esplendor de los dos cortejos pasionarios que aquélla saca a la calle cada Semana Santa.

Sólo resta, pues, enviar el cordial, atento y cariñoso saludo de esta Presidencia a los mayordomos, cofrades, penitentes y murcianos en general, que un año más prestarán su calor, su afecto y su entusiasmo por la vieja y gloriosa Archicofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Carlos Valcárcel
Mayordomo-Presidente

EL PUEBLO EN NUESTRA SEMANA SANTA

El Pueblo es un elemento esencial en la historia de la salvación. Dios ha querido relacionarse con un Pueblo y en función de ese Pueblo ha llamado a los individuos que lo dirigieron. El hombre de fe está llamado a vivir en medio de un Pueblo su vida; es miembro de la familia de Dios. El desarrollo de su vida de fe tiene repercusiones inevitables en el desarrollo o el empobrecimiento de la vida de su Pueblo.

Todo esto viene a cuento de nuestra Semana Santa y sus procesiones. La pretensión de que todo un pueblo participe colectivamente en la celebración de la pasión y muerte de su Salvador y manifieste externamente su recuerdo de esos acontecimientos salvadores no sólo es legítima, sino necesaria e inevitable. El Pueblo de Dios ha ido creando a través de los tiempos los modos concretos de manifestarse y en ello ha volcado su genio y su riqueza espiritual. A los pastores y a todos los que dirigen la realización de nuestras procesiones de Semana Santa nos corresponde acercarnos con un cuidado exquisito a esas riquezas que nuestro Pueblo ha ido creando a través de los siglos y mantienen hoy con plena vitalidad. No se trata de preservar unas reliquias, sino de mantener viva y saludable una realidad hermosa. Y, como en toda lucha por la vida, no se pueden olvidar las enfermedades y los ataques externos. Ignorarlo constituiría una grave falta de responsabilidad o una ceguera inexplicable.

Entre las enfermedades hay que señalar especialmente la ANEMIA, esa debilidad en el riego vital que debilita a su vez el cuerpo entero. La vitalidad del Pueblo cristiano viene de su unión con Cristo, su Cabeza. Un pueblo que se separa de esa Fuente no puede hacer otra cosa que languidecer y morir. Un pueblo que no busca el perdón de sus pecados, que no se reconcilia con Dios y con los hombres compartiendo con ellos sus dolores; que no se alimenta de la Palabra y del Cuerpo de su Salvador, no es un Pueblo vivo. Si el pueblo que se manifiesta en nuestras procesiones fuera así un pueblo anémico de la vida de Dios, la procesión comenzaría a ser esa reliquia muerta que sólo el deseo de perpetuar una cosa antigua justificaría.

Y entre los ataques que vienen de fuera hay que señalar el del populacho disfrazado siempre de Pueblo para confundir y hacer más daño. Hay que distinguir muy claramente entre unos y otros para no caer en la trampa que nos tiende el populacho. Ellos siempre querrán imponer su ley en el sagrado nombre del pueblo. No nos dejemos engañar. Pueblo era el que se manifestaba alrededor de Jesús para escucharlo, aunque a costa de pasar hambre durante tres días seguidos. Pueblo era de Dios el que lo aclamaba en Jerusalén con ramos de olivo y palmas. Aparentemente también era el pueblo el que gritaba frente a Pilatos pidiendo la Sangre de Jesús y reclamando la libertad de Barrabás. Sin duda los jefes judíos que quisieron acallar los gritos entusiastas del Pueblo de Dios en el Domingo de Ramos, escuchaban con alegría los gritos de ese otro «pueblo» enemigo de Dios. No. No es el mismo el Pueblo Santo que quiere manifestarse en nuestras procesiones alrededor de Jesús y su Madre para acompañarlos y sentir su dolor, que el populacho que ríe y blasfema. Aunque hoy, como entonces, estén juntos, no son el mismo Pueblo; son esencialmente enemigos por los cuales hay que orar «porque no saben lo que hacen». No son amigos que hay que escuchar: pedirán siempre que la Sangre de Jesús caiga sobre ellos y sobre sus hijos.

Antonio Garrigós Meseguer
Pbro.

MIÉRCOLES SANTO

Llueve. Lo está haciendo suave pero insistentemente. Esta lluvia que cae sea bienvenida porque nos hace falta, mucha falta. Son las cuatro de la tarde y, afortunadamente, aunque el calendario indica que estamos en miércoles no es nuestro Miércoles Santo, aún falta tiempo para que llegue el día de la procesión que inicia la arrogante y bella samaritana.

Esperemos que para entonces tengamos una tarde soleada y que la fuerte luz quiebre sobre el rojo encendido de las túnicas vestidas por los nazarenos que se apresuran por llegar a la iglesia o que caminan en grupos despreocupadamente con la seguridad de que se les espera para cargar con los tronos. Por toda la ciudad será como si se hubiesen arrojado centenares de claveles reventones que se mueven como atraídos por un imán hacia la iglesia del Carmen; los puentes sobre el Segura, nuestro querido río ahora tan deteriorado y falto de vida, serán como lanzaderas de unión entre dos viejos barrios. Pero será solamente el que comenzase a construir Toribio Martínez de la Vega y terminara Jaime Bort, el que tenga el exclusivo privilegio de servir como «carrera» por dos veces en el mismo día a la procesión «colorá», roja como el color de la sangre, de la Sangre de Cristo.

Y allí, en la iglesia, se irán agrupando gallardos y recargados estantes, cofrades, mayordomos y ese grupo de indescriptibles músicos revestidos de túnica, artistas de bocina y tambor que, durante la procesión marcarán unos compases difíciles y sólo familiares a los murcianos. El sol irá declinando, los últimos nazarenos, los más rezagados, aún bajarán por el puente incluso ya iniciada la procesión. Y cuando sobre el río, encimica del puente como canta la romanza, descansa la escena del pozo de Jacob la procesión habrá llegado en su comienzo a la máxima cota y alcanzado la total oscuridad de la noche aliviada por la luz de plata de una luna, próxima a su pleno, correspondiente al Nisán judío.

Ya está bajando del puente la procesión y entrando en la zona antigua, desconocida ahora de la ciudad... Con la lluvia repiqueteando sobre el pavimento de la calle veo reflejarse el desarrollo procesional tal vez festivo, bullicioso y típico pero fervoroso en su balance final. Continúa lloviendo; gracias a Dios no es hoy Miércoles Santo.

Hace unos años llovió y no pudo salir la gran procesión carmelitana y murcianísima de los nazarenos «coloraos», la procesión del Berrugo, la que organiza todos los años cada Miércoles Santo la Real. Muy Ilustre y Venerable Archicofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. La conflictividad comenzó al mediodía cuando, después de aguantar un sol demasiado «picante», empezaron algunas nubes dispersas a reunirse cubriendo el cielo a baja altura. Por la tarde todo estaba preparado, los nazarenos en su sitio, o camino de la iglesia, el público ansioso de ver pasar la tradicional procesión, el Mayordomo Regidor Mayor en su puesto para ordenar la salida, los tronos adornados con flor y las imágenes dispuestas un año más para pasear por Murcia historias sagradas.

Con cierta incertidumbre, que duró un cuarto de hora porque comenzó a llover a las ocho en punto de la noche, se dio la orden de adelante a las ocho y quince minutos y dio principio la procesión: banda de cornetas y tambores, faroles, estandarte, penitentes con cirios y cruces, el gran trono de la Samaritana reventando de luz y flor... seguía lloviendo, leve pero pertinazmente, la gente impasible, sentada o en pie, aguantaba el agua suave pero molesta; otra sección de nazarenos y el «paso» del Lavatorio en la calle... pero fue imposible continuar, la procesión tuvo que ser suspendida definitivamente.

Y no hay nada más patético que ver regresar a su casa, triste y abatido, a uno de esos nazarenos estantes cuya procesión no pudo salir; con las esparteñas mojadas, sucias del agua de los charcos, las medias de repizco húmedas, la túnica manchada por los goterones de la inoportuna lluvia, el estante en la mano en donde marchita ya un puñado de flores que no lucieron en su trono, el lacio capuz al hombro, el pañuelo rodeado a la cabeza perdida ya su esbeltez, y el buche aún repleto de caramelos, de bocadillos y de «monas», dulce carga con la que no pudo obsequiar a los niños, a los amigos, o a otras personas asombradas de un regalo inesperado y sorpresivo. Irá camino de un descanso que no necesita porque no ha metido el hombro y, aunque dé algún caramelo, a nadie sea pequeño o mayor le podrá saber lo mismo que si lo hubiera recibido en plena procesión. El nazareno se retira de la iglesia, ya cerrada, con prisa y con angustia por no ver desmontar su «paso» que no se movió, tal vez, ni de los bancos donde se apoyaba; pero él sabe que no hay otra solución y ofrece su sufrimiento como un sacrificio cuando, casi llorando, exclama:

—«¡Hasta el año que viene, si Dios quiere!»

En aquella noche de Miércoles Santo fueron muchos los nazarenos que me miraron y ni ellos, ni yo, pudimos decir nada... solamente uno, con una pena enorme reflejada en sus ojos, me dijo:

—«Este año no salimos los nazarenos «coloraos»...». Quebrósele la voz y lloró como un chiquillo. Este hombre corrientemente es duro, enérgico, e incluso un poquito indiferente en temas religiosos, pero la procesión es su particular penitencia y quiere cumplir con ella cada año.

Y yo recuerdo lo que me contaba mi abuela de que la túnica «colorá» que iba a estrenar su hijo de ocho años, uno de mis tíos, quedó para siempre guardada en el fondo de un cofre desde la tarde del Miércoles Santo del año 1895. No pudo salir la procesión y, al año siguiente, ya no vivía aquél que bien hubiera podido llegar a ser un gran nazareno.

Esperemos todos, deseemos de corazón, que este año tengamos una procesión feliz para que Murcia entera la contemple con el cariño y devoción acostumbrados, que pase otra vez por las calles murcianas, como abrazando a sus gentes, nuestro Santísimo Cristo de la Sangre.

Son las seis de la tarde, ha dejado de llover... pero todavía no es Miércoles Santo.

José Carmona

A LA UNA CANTA EL GALLO...

A ninguno de los chiquillos de entonces se nos ocurría jugar a un juego fuera de su tiempo. Porque había el tiempo de la trompa, y el de las chinas, y el del aro, y el del marro. Y, por supuesto, nadie intentaba atrapar murciélagos —«morciguillos», decíamos—, con una caña larga y un trapo, en los atardeceres de verano, por ejemplo. Había de ser en su tiempo...

Pues igual. Lo mismo ocurría con los dichos de mi abuela, la de Alquerías, porque cada cosa a su tiempo, y los nabos en Adviento. Mi abuela, de pronto, decía una mañana:

«A la una canta el gallo,
a las dos, la totovía,
a las tres, el ruiñeñor,
a las cuatro, ya es de día.»

Y ya estaba. Es que se había abierto la puerta de la primavera. Y entraban empujándose, sonando como campanillas, a lomos de los borricos cargados de habas «frescas como la nieve», las luces perfumadas de alábeas, alhelies, azahares... Entraban a chorros por los veinte portillos de la ciudad pequeña, moruna, bajica: por la calle de la Aurora, por la de Cartagena, por la Torre de la Marquesa, por Zarandona. Por los caminos del Palmar y de Alcantarilla, reforzadas desde su unión en el Rollo, rojizas y picantes al pasar el río pimentonero, denso de fango y cañas nuevas, para encontrarse en las Cuatro Esquinas con la corriente que venía, impetuosa, a lomos del polvo seco del Cabezo Cortao, desde Alguazas, desde Molina...

«A la una canta el gallo, a las cuatro ya es de día». Y estaba aquí, en puertas, la Semana Santa. Y ya empezaba en este viejo Barrio de San Benito, el más puertano de la ciudad, el trajar impalpable que iba fabricando el Miércoles Santo.

Ya se sabe lo que dicen los que saben de estas cosas: las sensaciones, en la niñez, son globales, «globalizadas», vamos. Para mí, entraban en el mismo saco el estallido sensual de la higuera, el sol rompiendo la escarcha abriñena, la borrachera perfumada de la huerta y el gallo cantando a la una, puesto en escena al conjuro evocador de la voz reposada de mi abuela. Pero en este saco de

sensaciones, en el que los perfumes tenían sabor y los colores eran palpables, el gallo, el gallo que traía la transparente primavera era, exactamente, un gallo, el del Paso de San Pedro. El gallo, encerrado todo el año en la Portería, que esperaba el momento exacto para cumplir su papel en las escenas tangibles de la Pasión.

¿Qué iba uno a saber entonces si rompía o no los cánones del arte meter de rondón un gallo disecado, casi vivo, natural, entre imágenes talladas? ¿Yo qué sabía, nosotros qué sabíamos de eso? El gallo nos atraía tanto como el «Berrugo»; nos parecía que estaba vivo, que era «de verdad», y eso daba realismo al desfile, a la escena que la Iglesia quería hacer vivir a las gentes sencillas que no tenían mejor modo de entender los Misterios.

«A la una canta el gallo». A la una; no a las tres, como ahora, que por ganar tiempo se nos retrasa la amanecida. El gallo de la Pasión, en tierras como las nuestras, en la Palestina bíblica, reseca y sedienta, cruzada por rebaños de cabras y corderos, como la Murcia de entonces, ocupa un lugar señero entre los símbolos de la Pasión y es registrado por los cuatro evangelistas, por Mateo, por Marcos, por Lucas, por Juan. Nada de lo que se cuenta en los Evangelios es inútil. Así, ¿no es significativo que el episodio del canto del gallo, de la negación de Pedro, sea subrayado por los Cuatro?

«A la una canta el gallo...». Desde que Jesús predice que Pedro le negará tres veces hasta que canta el gallo se extiende un tenso arco en que el Drama se va cargando de momentos trascendentes: la oración en Getsemaní, el prendimiento, la presencia ante Anás, la solemne declaración de Jesús ante Caifás de que Él es el Cristo... Desde el atardecer hasta la madrugada. Hasta la una: «A la una canta el gallo». Desde el atardecer hasta la una: el tiempo que dura la procesión de Miércoles Santo. El tiempo que transcurre desde que el gallo, orgulloso sobre la columna, repitiendo su momento marcado desde la eternidad, asoma por la puerta de la Iglesia del Carmen hasta que, vigilante como al principio, vivo, como si fuera «de verdad», vuelve a entrar en el templo para esperar otro año, otro Miércoles Santo...

«A la una canta el gallo...»

Madrid, marzo 1984

Joaquín Campillo

UNION ESPIRITUAL ENTRE LOS COFRADES DE LA ARCHICOFRADIA

Para muchos cofrades se desconoce qué es una Cofradía; y en este caso concreto, la Preciosa Sangre. Consiste en una sociedad de fieles ordenada al culto de la imagen del titular y la plegaria a la ayuda mutua mediante la práctica de lo que ordenan los estatutos.

La Cofradía de la Preciosa Sangre tiene sus beneficios espirituales; es decir, la veneración al Cuerpo y a la Sangre con la cual fuimos redimidos, y el bien de los cofrades. Tengamos muy presente, que entre otros medios que tenemos cada socio —que a la Cofradía de la sangre pertenece—, está el beneficio de las buenas obras espirituales y de caridad de los demás cofrades.

Los fallecidos cofrades, también disfrutaban de la generosidad de los cofrades vivos cuando aplican las misas y rosarios que tengan acordados en los estatutos. Los cofrades de la Preciosa Sangre, todos los años tienen sus cultos tradicionales, sus procesiones públicas, en honor del titular. Luego el cofrade de la Preciosa Sangre que se acoge a la devoción y práctica piadosa, recibe especiales gracias de Jesús que nos redimió con su Cuerpo y con su Sangre.

La devoción a la Imagen, sin pretender hacer crítica, pero sí realidad, ha decaído. Nunca por nunca debió suceder. Sucedió. Ahora bien, con las lamentaciones de historias no se enmienda lo ya pasado; pues es muy conveniente levantar el culto mensual en el templo del Carmen a esa emotiva Imagen de la Sangre. Yo diría más: todos los murcianos debíamos tener una foto ampliada de la Imagen de la Preciosa Sangre y encomendarnos al precio de nuestra Redención.

Tampoco pretendo incordiar a otras cofradías; todas están dedicadas a la Pasión de Cristo. Todas ellas con advocaciones teológicas. Pero S. Pablo, para mi opinión particular, es el apóstol de la Preciosa Sangre. En aquellos tiempos era muy desconocida la función del derramamiento de sangre hecha por Cristo, desde el árbol de la Cruz. Lean sus epístolas los cofrades de la Sangre y quedarán bien ilustrados con ella. Pues bien, si en aquellos mencionados tiempos los conversos no entendieron el drama de la cruz, en estos nuevos, tampoco lo vamos conociendo. Va pasando al olvido.

La misión evangelizadora de la cofradía, da a sus miembros la obligación especial de ser activistas del amor de Cristo entre el resto de los murcianos, y todos a una dar gracias al Padre porque en la persona de Cristo fuimos liberados del pecado con su Cuerpo y su Preciosa Sangre. Cuanto más se penetra en la Pasión de Cristo, más nos empapamos de su Preciosa Sangre. Sangre en el Huerto de los Olivos, sangre en el calabozo, donde quedan todos sus músculos desgarrados a fuerza de azotes. Suponemos que aquellos encarnizados soldados, dada su ignorancia, hacían el oficio de despiadados en la persona de Cristo. Los objetos empleados para el martirio, quedaron empapados de sangre de Cristo. Para los objetos de nada sirvió la sangre; para los soldados obligados por la dictadura del poder político, tampoco sirvió.

Los cofrades de la preciosa Sangre y todos los católicos entremos en ese calabozo de amor; meditemos, aprovechando la sangre de nuestra liberación, ya que somos presos en el calabozo de nuestras malas costumbres habituales.

Sangre en el Pretorio, sin compasión para el Reo Inocente. La única pena es cargar con nuestros propios pecados; por ese delito de amor redentor, Cristo es condenado a muerte. Lo condena un pagano; no entiende de amor. La mala voluntad de aquel pagano, los cargos políticos que no quiere perder, para él es antes el César que Cristo; le mueven a tomar una conducta impropia, y no acepta la sangre de Cristo.



Tuvo en sus manos la salvación. La despreció. Todos nosotros hagamos una recogida de la Preciosa Sangre, de las losas del Pretorio, con reverencia, con amor, llenos de humildad. En esa preciosa Sangre, está nuestra salvación. Sea desagraviada. Toma el Reo, Cristo, su propio suplicio. Echa a andar por aquella calle llena de chinarras; todos empapados en sangre. Son los chinarras los que recogen la preciosa Sangre. Aquel populacho ignorante, él mismo no se hace merecedor de recoger esa sangre. Algo similar viene sucediendo en nuestras calles; va pasando el Reo, camino del calvario: el Cristo en nuestros prójimos. Ambos desconocidos. El mandamiento nuevo: «Amaos los unos a los otros como Yo os *«estoy»* amando», sigue la sangre derramándose de Cristo, sigue siendo vertida en la indiferencia. Para la sangre no hay vasija. Para el amor no hay prójimo donde verterlo, ni prójimo que los reciba. El Reo cuyo saber, sólo consiste en amar, va a hacer la rúbrica de cuanto ha enseñado durante 33 años: la obediencia al Padre. El cual amó tanto al mundo que nos entregó su unigénito Hijo. Cumple el Hijo así la obediencia al Padre, y acepta voluntariamente la muerte. Cumple su palabra: «No he venido a condenar al mundo, sino a redimirlo». Ha dicho: «Soy la verdad y la vida». Esta verdad y esta vida son entregadas en el suplicio de la Cruz, pero la verdad de su palabra queda viva y nos da vida.

La palabra de Dios queda viva en cada una de nuestras personas, pues nos fue aplicada con el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

La aceptación de esa palabra de Dios depende de nuestra propia voluntad. O decimos un sí a nuestra salvación o decimos un no a esa palabra de Dios, para nuestra condenación. En estos trances de decisión nos queda una solución dada por Cristo antes de expirar en la Cruz. La solución es ponernos en oración de súplica ante la Madre de los mártires: El Santo Rosario. Ella, por expreso deseo de Cristo nos la deja como Madre espiritual nuestra. Es un tremendo misterio. Pero también es una eficacia infalible. Por muchos combates durante nuestra vida temporal, siendo la Madre de Dios y Madre de los pecadores, es por tanto quien a ella recurre con fe y confianza, tabla de salvación. Hasta aquí llega la misericordia del Cristo de la Preciosa Sangre: No dejarnos huérfanos de Madre.

El amor y el dolor. El uno agradeciendo a Cristo de la Preciosa Sangre ser rescatados de nuestras culpas. El otro, el dolor, sea el compañero en el penitente que va en el cortejo pasionario dando testimonio de conversión, orden y buen ejemplo, donde los penitentes lleguen a los espectadores a unir a ellos en el amor y en el dolor.

José Andúgar Illán

LA UNCIÓN DE BATANEA

Siendo nuestra intención hacer una exposición sobre un «paso» que poseía la Archicofradía de la Preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, antes de la guerra civil de 1936, estimamos conveniente hacer referencia a unos datos insertos en la pasada edición del 80, en la sección «Ventana al pasado». El texto dice:

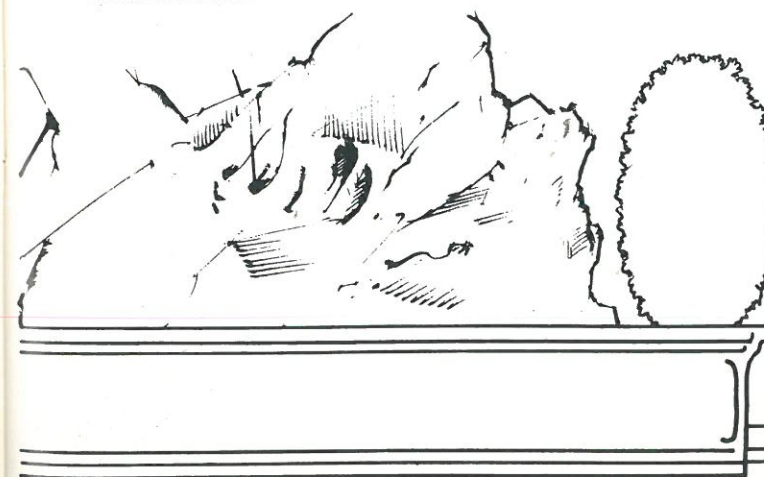
«En el año 1910 la Cofradía de la Sangre, encarga al imaginero Francisco Sánchez Araciel el «paso» de JESUS en casa de Marta, también denominado la Magdalena en casa de Simón el leproso, «paso» compuesto por cinco figuras de tamaño natural, que representan a Jesús, Lázaro, la Magdalena, Judas y Marta; tallas bien compuestas, rostros salcillezcos, llenos de dulzura y gracia. Jesús se nos muestra sentado junto a San Juan y Marta, Judas de pie y la Magdalena arrodillada. Este grupo fue pasto de las llamas durante la pasada guerra civil».

Nos es grato agregar que será muy posible que la actual Junta de Gobierno, abrigue el propósito de incorporar en fecha más o menos lejana a su Procesión el aludido «grupo», tan añorado de los que lo conocieron, como ansiado de las jóvenes generaciones.

En ésta como en otras ocasiones en que hemos tratado sobre los distintos «pasos» de esta Procesión, nos agradaría podernos explayar sobre el que nos ocupa, pero al no haberlo conocido, nos limitamos a exponer a breves rasgos lo que trascibimos anteriormente; pues para suplir nuestra falta de conocimiento artístico sobre el mismo, estimamos conveniente remitirnos a los sagrados textos, en los que nos basaremos para formar un buen comentario del mismo, ya que el «grupo» a que nos referimos, representa el pasaje evangélico que a continuación trascibimos:

«Seis días antes de la Pascua vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dispusieron allí una cena y Marta servía, y Lázaro era de los que estaban a la mesa con El. María, tomando una libra de ungüento de nardo legítimo, de gran valor, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos, y la casa se llenó de olor del ungüento. Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que había de entregarlo, dijo: ¿Por qué este ungüento no se vendió en trescientos denarios y se dio a los pobres? Esto decía, no por amor a los pobres, sino porque era ladrón, y llevando él la bolsa, hurtaba de lo que en ella echaban. Pero Jesús dijo: Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura, porque pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre». (San Juan. C. 12-Vss. 1-8).

Pletórico de sentido teológico viene a ser tanto la descripción del desaparecido «grupo» que hemos anotado como el texto sagrado que tomamos para nuestra consideración.



Bien conocemos que la exposición del arte religioso, viene a ser la más alta lección del mismo Evangelio plasmado en páginas de madera; siendo estos medios materiales los que desde siglos, viene la Iglesia sirviéndose de ellos para dar a conocer al pueblo de Dios ese «mensaje» de salvación, el que consiste en la consideración y vivencia del MISTERIO PASCUAL, o lo que es igual, a la Muerte y Resurrección de JESUCRISTO. También en ciertos casos, se nos agrega en esta Semana Mayor algún pasaje de la vida pública, como es el que nos ocupa en esta ocasión.

Después de evocar el añorado «grupo» nos remitimos al Santo Evangelio, medio éste para meditar sobre la «palabra» de Dios. Para ello, observemos la escena de Betania:

Cristo invitado por sus amigos Lázaro y sus hermanas. Antes de la cena, María ya arrepentida de su pasado se arroja a los pies de Cristo; con sus lágrimas expresa su «conversión». Tomando un frasco de ungüento de legítimo nardo lo rompe y derrama su contenido sobre los pies del Maestro. María que en otra ocasión conoce por El, la misma «verdad», testimonia su arrepentimiento y gratitud por el perdón que le otorgara. Cristo en esa ocasión acepta y reconoce el gesto de generosidad que le ofrece esa mujer que ha sabido escojer la mejor parte, que nadie le podrá arrebatarse... Otro punto de sumo interés, es la intervención de Judas Iscariote; éste, con fingido gesto de amor a los pobres, agrega que se puede vender el ungüento y su valor darlo a los pobres...; no por amor a éstos, sino por su afán a los «denarios».

Como consecuencia a esta consideración tomada de la «palabra» de Dios. ¿Hemos pensado que en la escena que describimos estamos representados los hombres de todos los siglos?... En María de Mágdala, estamos los que conscientes de nuestro apartamiento de Dios, y tras escuchar su «llamada», retornamos al buen camino por la «conversión» a Dios. También en el personaje de Judas, podemos estar incluidos en ocasiones de nuestra vida, no reconociendo nuestros egoísmos, desaprovechando las «llamadas» de Dios... Quizá inmersos en los afanes materiales, rechazando o dilatando nuestra «conversión», dejando pasar la «visita» de Cristo, que al igual que a María, nos dará palabras de «vida» eterna...

Como final de estas anotaciones basadas a la luz de la FE, agregamos la necesidad que tenemos de aprovecharnos en estos días «sacros» en que la Iglesia nos invita al recogimiento y a la meditación, a través de la Liturgia y las Procesiones a nuestra «conversión a Dios por la penitencia». Si Cristo nos visita en esta Semana Santa de 1983 y le hacemos huésped de honor, no desaprovechemos la ocasión que generosamente nos ofrece. Prestemos atención a su «llamada», escuchando la misma «verdad», al igual que María de Mágdala, escogiendo la mejor parte la que nadie nos podrá arrebatarse.

Vicente Cano López

Programa de Semana Santa



RECUERDO EMOCIONADO

Desde mi ventana se oyen los tambores y trompetas que inician sus ensayos como todos los años por estas fechas.

Es la primera nota, algo así como el prelude ambiental de nuestra Semana Santa, y suena como un aldabonazo en mi interior que me abre a un sinfín de recuerdos y sensaciones.

Los tonos anaranjados que se dibujan en el horizonte, como suaves pinceladas en el azul ya tenue de la tarde, realzan la hermosa figura de nuestra Torre, que se yergue majestuosa sobre las azoteas de la ciudad.

Inmerso en esa contemplación apacible que me conforta, de forma instintiva, mi vista me lleva hacia tu casa y noto como si se detuviese el tiempo por un instante, trasladándome a nuestra entrañable convocatoria de ayer.

Vivíamos tú y yo nuestra Semana Santa de esa manera sencilla y peculiar que nos caracteriza a los murcianos, contrastando los momentos solemnes de Oficios, y la contemplación de las procesiones que tanto te entusiasmaron, con la alternativa gozosa y llena de aliciente de esa visita a la taberna próxima —las otras estaciones— donde tomábamos un vaso de vino con atún de ijá y habas, y donde encontrábamos a los amigos de todos los años, fieles como siempre a la llamada de la hermosa tradición, enzarzándonos con ellos en agradable charla.

Tú ejercías esa murcianía silenciosa, digna de consideración, de ver la Procesión, y particularmente en la tarde del Miércoles Santo te revestías de singular paciencia para acudir desde muy temprana hora hasta el Barrio, «a coger sitio» para que tu familia y la mía vieran el desfile de «los coloraos».

Recuerdo con emoción cuando me confesabas orgulloso la satisfacción que te producía ver a tu hijo junto a mí vistiendo con solemnidad la túnica bermeja.

Cuando eran más pequeños tú los recogías al entrar la Procesión, para que no tuvieran que esperar a que yo terminara de guardar el Paso, y te veía por detrás de la gente con tus manos paternas sobre los hombros de los dos jóvenes mayordomos, yendo hacia el Puente Nuevo, camino de la casa.

Sueño despierto y sé que llegada la tarde sublime del Jueves Santo, allá, frente a la iglesia de Jesús, confundido entre la gente, tras los coros de auroros que entonarían la Salve, en medio de los amigos voy a tratar de encontrarte.

Y a la mañana siguiente, aún de noche, puntuales como siempre en nuestra cita, doblaré la esquina para ir juntos a ver salir la del Viernes, con nuestra montera puesta para aliviar el fresco del amanecer, y en nuestro recorrido haremos las paradas de rigor para tomar el revuelto y la combina con los primeros nazarenos amigos.

Y después..., ¡Dios mío!

Alberto Sevilla Albarracín
Mayordomo

DOMINGO DE RAMOS, día 15 de abril.— Por la mañana, a las 7 de la iglesia parroquial de San Antolín saldrán las tradicionales «convocatorias» de la Real y Muy Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón.

A las 10, en la Santa Iglesia Catedral, bendición de las palmas y solemne procesión, presidida por el Excmo. y Rvdmo. señor Obispo de la Diócesis, con asistencia de la Corporación Municipal, bajo mazas.

A continuación, misa pontifical oficiada por el ordinario diocesano.

Por la noche, a las ocho y media, desde la parroquia de San Pedro Apóstol saldrá la procesión que organiza la Pontificia, Real y Muy Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de la Esperanza.

LUNES SANTO, día 16 de abril.— A las 8 de la noche, desde la iglesia parroquial de San Antolín saldrá la solemne procesión del Santísimo Cristo del Perdón, con obras de Sánchez Aracil Castillejo, Damián Pastor, Sánchez Lozano y Toledo.

MARTES SANTO, día 17 de abril.— Por la mañana, a las 9, convocatoria de la Real, Muy Ilustre y Venerable Archicofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

A las ocho y media de la tarde, de la iglesia de San Juan de Dios saldrá la procesión del Santísimo Cristo de la Salud, que organiza la Primitiva, Pontificia y Real Cofradía del mismo nombre.

A las 8 de la noche saldrá de la parroquia de San Juan Bautista la solemne procesión de la Esclavitud, que organiza la Hermandad del Santísimo Cristo del Rescate.

MIÉRCOLES SANTO, día 18 de abril.— Por la mañana, a las 8 convocatoria de la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

A las 12 del mediodía, traslado de Nuestro Padre Jesús desde el convento de las Agustinas a la iglesia de donde ha de salir la procesión de que es titular esta sagrada imagen.

Por la noche, a las 8, desde la parroquia de Nuestra Señora del Carmen saldrá la solemne y típica procesión de la Real, Muy Ilustre y Venerable Archicofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, popularmente conocida con el nombre de «los coloraos», en la que figuran obras de Nicolás de Bussi, Roque López, González Moreno, Dorado, Morera y Sánchez Lozano.

JUEVES SANTO, día 19 de abril.— Por la tarde, a las 6, solemnes oficios en la Iglesia Catedral.

Por la noche a las diez, severa procesión del Silencio, que organiza la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio.

VIERNES SANTO, día 20 de abril.— Por la mañana, a las 8, saldrá de la iglesia de Jesús la solemne procesión de penitencia que organiza la Real y Muy Ilustre Cofradía

de Nuestro Padre Jesús Nazareno, en la que figurarán las magníficas esculturas de Salzillo y Rigusteza.

A las 8 de la tarde, procesión de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Misericordia, desde San Miguel Arcángel.

A las 8 de la tarde, desde la iglesia parroquial de San Bartolomé, solemne y severa procesión del Santo Entierro, que organiza la Real y Muy Ilustre Cofradía del Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, con tallas de Salzillo, González Moreno y anónimos.

A las 12 de la noche, desde la parroquia de Nuestra Señora del Carmen severa y solemne procesión de Nuestra Señora de la Soledad en el retorno del Calvario, que organiza la Real, Muy Ilustre y Venerable Archicofradía de la Preciosísima Sangre.

DOMINGO DE RESURRECCION, día 22 de abril.— A las 9 de la mañana saldrá de la parroquia de Santa Eulalia la procesión de Nuestro Señor Jesucristo Resucitado.

VIERNES SANTO POR LA NOCHE PROCESION DEL RETORNO DE NTRA. SRA. DE LA SOLEDAD

Orden de la procesión:

- Timbaleros de la Archicofradía.
- Pendón mayor de la Archicofradía.
- Tenebrarios de la Hermandad de la Cruz.
- Hermandad de cofrades-penitentes de la Cruz.
- «Paso» de la Cruz. Portan este «paso» dieciocho nazarenos-estantes. Es su camarera la Peña del Tablacho.
- Tenebrarios de la Hermandad de San Juan.
- «Paso» de San Juan, obra del escultor Dorado en 1892. Portan este trono dieciocho nazarenos-estantes. Es su camarero don José Carreres Alfonso.
- Tenebrarios de la Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad.
- Hermandad de cofrades-penitentes de Nuestra Señora de la Soledad.
- «Paso» de Nuestra Señora de la Soledad del escultor Antonio Campillo. Es su camarera la Peña de la Pancha.
- Hermandad de damas de Ntra. Sra. de la Soledad ataviadas con la mantilla española.
- Presidencia de la Archicofradía y Parroquia.
- Banda de música.

NOTA.— La procesión saldrá de la arciprestal de Ntra Sra. del Carmen, sede de la Archicofradía de la Sangre, a las DOCE en punto de la noche del Viernes Santo.

Noticias Coloradas

Antonio Campillo es un escultor murciano que reside fuera de Murcia varios años. Se formó en el taller de Juan González Moreno, lo que ya es una garantía inicial. Acudió a la Escuela de Artes y Oficios de Murcia, a la clase de modelado de Clemente Cantos y, posteriormente, estudió Bellas Artes en Madrid. Ha sido director de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Córdoba y ahora dirige una de las dos que existen en Madrid. Tiene numerosa obra y está en posesión de numerosos premios.

Ha esculpido la cabeza y las manos de la Soledad, que generosamente dona a la Archicofradía, la cual ya tiene su propia imagen, pues en los cuatro años que ha venido sacando a la calle la procesión del Retorno del Calvario, la Soledad de los dos primeros es la que se venera en la Catedral, obra de Andrés Adam. El tercer año fue una talla del escultor Antonio Labaña, también prestada por su propietaria, de Algezares, de una forma generosa. En fin, el año pasado sacamos a la calle la preciosa Soledad de la iglesia de San Juan de Dios, que donosamente nos fue cedida por la Comunidad Autónoma de Murcia.

Al cuarto año —no a la tercera vez, como dice el adagio— va la vencida. Pudo haberlo sido a la primera, pues el Cabildo Catedralicio concedió, sin límite de tiempo, el uso de la imagen para la procesión del Viernes Santo. Pero hemos salido ganando, pues ahora tenemos una propia, de tanto valor artístico como la anterior, la cual recibirá culto en la capilla del Santísimo Cristo de la Sangre, enriqueciendo la misma.

TRES PASOS EN TRES AÑOS

Ya ven ustedes. Año 1984, sacamos a la calle la nueva imagen de la Soledad, donación de Campillo, con traje y manto riquísimo, donados por los nazarenos que llevan el paso, todos ellos miembros de la Peña de la Panocha, su Camarera. Cuando se escribe esta información anual, se están realizando gestiones con la Hermandad de Damas de la Soledad, para que entre todas ellas regalen la corona y el corazón con los clavos, que lleva en sus manos la Virgen de la Soledad.

El año próximo, 1985, un grupo de murcianos, muchos de ellos nazarenos de la Archicofradía o de otras cofradías murcianas, regalan a la nuestra el grupo escultórico de Jesús en casa de Marta y María, compuesto de estas tres figuras y de la de Lázaro, grupo escultórico que salió desde comienzos de siglo hasta 1936, en que fue destruido.

También donan el trono en que irán las cuatro esculturas, obras, éstas, del joven pero acreditado escultor José Hernández Navarro, autor del bellissimo paso de la Coronación de Espinas, del Lunes Santo, de otros varios en Cartagena y en la provincia y del que se estrena esta Semana Santa por la Cofradía del Santísimo Cristo de la Esperanza, Entrada de Jesús en Jerusalén, todos ellos concebidos de acuerdo con la más pura y vieja tradición imaginera murciana.

El año 1986, para finalizar, los mismos nazarenos que donaron el trono de Nuestro Padre Jesús de las Penas, un Ecce-Homo sentado, de muy bella factura, donan un grupo completo, compuesto por Jesús a pie y maniatado, un soldado romano y un sayón, obra, igualmente, del joven escultor José Hernández Navarro. La anterior escultura recibirá culto en la iglesia del Carmen, en donde nos enclavamos canónicamente.

NUESTROS CULTOS

Desde el primer miércoles de octubre, durante todos los meses del año, con la excepción de los estivales, se dice una misa en sufragio de los mayordomos, cofrades y nazarenos fallecidos. A esta misa sería muy conveniente que asistiese el mayor número de miembros de la cofradía.

Naturalmente, con mayor esplendor y asistencia de mayordomos, se celebró el tradicional y solemne quinario en honor del Santísimo Cristo de la Sangre, desde el Miércoles de Ceniza, día 7 de marzo, al domingo día 11. Pronunció las cinco homilias, auténticas piezas de oratoria sagrada, el reverendo don José Lázaro Pardo. El coro estuvo a cargo de la Capilla que dirige el Maestro Romero Cano y en la noche del sábado acudieron los presidentes de todas las demás cofradías murcianas, que ocuparon un lugar destacado en la presidencia de los cultos.

Merece especial mención el triduo celebrado en honor de la Soledad, durante los días 9, 10 y 11 de abril. En la primera de las noches, fue solemnemente bendecida la nueva imagen de la Virgen, se efectuó la imposición de medallas a las Damas de la Soledad, asistieron los presidentes de todas las Cofradías, el Orfeón Murciano interpretó un solemne Miserere y, finalmente, el presidente de la Archicofradía, don Carlos Valcárcel, hizo entrega de una Placa de Honor al Orfeón, con motivo de sus Bodas de Oro, que recibió el Presidente del mismo, don Joaquín Esteban Mompeán.

Este triduo estuvo dirigido, con sus sabias predicaciones y feliz oratoria, por el reverendo don Joaquín Hernández Bernal, cura párroco de San Lorenzo Mártir, de nuestra ciudad. La parte musical, como en el Quinario, estuvo a cargo del Coro del Maestro Romero Cano.

ACTIVIDADES VARIAS

Dos cabildos generales ha celebrado la Archicofradía, en el transcurso del año, el de comienzos del mismo, en el que se aprobó un presupuesto de tres millones, en números redondos, cifra la más alta hasta ahora conocida en la vida de la entidad; la memoria y acta de la anterior reunión; fue reelegida, en su totalidad, la mitad de la Directiva que correspondía cesar o recibir la confianza de nuevo y se registraron numerosas intervenciones, todas ellas encaminadas a una mayor brillantez de nuestros cultos, procesión y vida de piedad.

Diez sesiones ha celebrado la Directiva a lo largo del año, del que hay que descontar los cuatro meses veraniegos, como son junio, julio, agosto y septiembre. Además de coordinar todo cuanto se relaciona con la vida de la Archicofradía, la Directiva ha tenido que resolver, a veces con sacrificio personal de algunos miembros de la misma, situaciones económicas motivadas por gastos extraordinarios no previstos en el anterior presupuesto, así como por ingresos inferiores a los calculados, como en el caso de la subvención a través del Cabildo Superior de Cofradías, reducida sensiblemente en el año 1983.

La Directiva, además, ha tomado numerosos acuerdos relacionados con las procesiones, los cultos, la reparación de material y, de un modo especial, la restauración de la Capilla del Santísimo Titular, que se hallaba en malas condiciones de pintura, en paredes y puertas de hierro, así como de alumbrado, que ha sido restablecido a base de dos brazos de luz de estilo barroco, bellísimos.

Un nuevo Reglamento rige la vida de la entidad, que tiene sus Constituciones reformadas, pero con base en las de 1603. Un Reglamento de Hermandades, que, en cierto modo, desarrolla las Constituciones en lo que a las procesiones se refiere, un Reglamento de la Procesión del Retorno, se añaden y complementan con las citadas Constituciones. Sin embargo, no existía el Reglamento de penalizaciones y sanciones, para aplicarlas cuando la actuación de algún miembro de la cofradía así lo exija, en lugar de improvisar, con el mejor deseo siempre, pero bajo la responsabilidad de los directivos, como se venía haciendo anteriormente.

VIDA DE RELACION

La Archicofradía, en la persona de su Presidente o en la de otro miembro de la Directiva, ha estado presente en todas las sesiones del Cabildo Superior de Cofradías, en los cultos del Cristo de la Esperanza, consistentes en la bendición del nuevo paso del Arrepentimiento de la Magdalena; en el último ejercicio del quinario del Perdón; en la imposición de insignias de los nuevos cofrades del Cristo de la Salud y en análogo acto del Cristo del Refugio. En el traslado de Nuestro Padre Jesús Nazareno, en la bendición del nuevo trono de la Soledad del Santo Entierro y en la bendición del paso de la Aparición del Señor a María Magdalena, de la Cofradía del Resucitado.

Asimismo, como ya es tradicional, una representación de la Cofradía de la Sangre, de Lorca, asistió a nuestra procesión del Miércoles Santo y una nuestra lo hizo a la del Silencio, de Lorca, que organiza dicha cofradía, el Jueves Santo por la noche.

UNAS MERECIDAS DISTINCIONES

El Cabildo Superior de Cofradías, como todos los años, ha concedido numerosas distinciones a personalidades que han mostrado su amor a las cofradías y a la Semana Santa Murciana.

Relacionadas con la Cofradía de la Sangre lo son el hoy general don Armando Marchante Gil, que fue coronel jefe del 18 Regimiento de Artillería de Murcia, nombrado Nazareno de Honor, coronel que es Mayordomo de Honor de la Archicofradía; también Nazareno de Honor a nuestro secretario, don José María Ruiz-Funes Fernández, que tiene mostrado su amor a la entidad sobradamente, y el grupo de carros-bocinas de la misma, como grupo de un gran tipismo murciano, al cual se le ha concedido una mención especial.

NUESTRA REVISTA

Por vez primera en la historia de la misma —editamos el número 36— el pasado año, XXXV, tuvo la publicación «Miércoles Santo» un carácter monográfico, es decir, se dedicó única y exclusivamente al trabajo histórico, sobre la misma, realizado por el culto y distinguido investigador don José Luis Melendreras Gimeno. Dada la importancia del trabajo y la extensión del mismo, la Directiva acordó concederle, por ese año, el carácter monográfico antes aludido.

Hay que añadir que constituyó un auténtico éxito y fueron ininidad de peticiones las que no pudieron ser atendidas, dado el rápido agotamiento de la edición.

Con el número XXXVI entramos en un nuevo período, una nueva maquetación y un nuevo tecnicismo pueden —y deseamos que así suceda— resultar del agrado de los lectores.

NUESTRA PROCESION HACE MEDIO SIGLO

Me ha parecido de interés para los cofrades de la Preciosísima Sangre recordar a través de estas líneas lo que fue nuestra procesión hace 50 años. De los periódicos de la época he extraído algunos datos de interés, a los que me ha parecido oportuno añadir alguna referencia a las imágenes y a sus respectivos escultores. Con todo ello he elaborado lo que pudo muy bien ser el programa de la procesión del año 1934 y lo he estructurado a la manera en que lo venimos haciendo anualmente en nuestra revista Miércoles Santo.

Mi deseo es que esta remembranza sirva de recuerdo a aquellos mayordomos que vivieron los tiempos a que nos referimos y de enseñanza y aprendizaje a quienes nacimos con posteridad.

José Emilio Rubio Román
Mayordomo de la Archicofradía

Miércoles Santo, 28 de marzo de 1934

ORDEN DE LA PROCESION de la ILUSTRE COFRADIA DE LA PRECIOSISIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

que saldrá a las 6,30 de la tarde del Miércoles Santo de la Iglesia de Ntra. Sra. del Carmen.

- 1.º Estandarte de la Cofradía.
- 2.º Penitentes con cruces y cirios.
- 3.º Paso de la SAMARITANA, imágenes de vestir de Jesús y la Samaritana talladas en el año 1799 por don Roque López. Es su camarera doña Ana Artero Fuentes de Martínez.
- 4.º Penitentes con cruces y cirios.
- 5.º Paso de JESUS EN CASA DE LAZARO, con las efigies de Jesús, Marta y María, San Juan y Judas; todas debidas a la gubia de don Francisco Sánchez Araciél, año 1910. Es su camarera la Cofradía.
- 6.º Penitentes con cruces y cirios.
- 7.º Paso del LAVATORIO, Jesús y los 12 apóstoles, obra magnífica de don Juan Dorado Brisa del año 1904. Estrena este año espléndida iluminación y precioso mantel bordado por las srtas. Carmen y Cecilia Martínez Teruel. Es su camarera doña Remedios Estañ Belando, viuda de García.
- 8.º Penitentes con cruces y cirios.
- 9.º Paso de la NEGACION, con las figuras de Jesús y San Pedro, éste último de vestir, debidas a la gubia prodigiosa de D. Nicolás de Bussy, año 1702. El trono ha sido reformado este año por sus camareros D. Pedro Arróniz Salas, su esposa D.ª Josefina Pardo y hermana política D.ª Teresa Pardo García.

- 10.º Penitentes con cruces y cirios.
- 11.º Paso del PRETORIO, figuran las imágenes del Ecce-Homo, Pilatos, un soldado y el popular «Berrugo de las habas», todas ellas de D. Nicolás de Bussy, año 1701. Es su camarero D. Luis Garay.
- 12.º Sección de bocinas y tambores.
- 13.º Penitentes con cruces y cirios.
- 14.º Paso de las HIJAS DE JERUSALEN, compuesto de 6 imágenes: Jesús, de vestir, la Verónica, un sayón con trompeta, un soldado y dos mujeres jerosolimitas, obras del escultor italiano D. Santiago Baglietto talladas en el año 1848. Es su camarera D.ª Clotilde Romero Elorriaga, que arregla también a la Virgen de las Angustias de San Bartolomé.
- 15.º Penitentes con cruces y cirios.
- 16.º Paso de SAN JUAN, esbeltísima y piadosa imagen debida al valenciano D. Juan Dorado Brisa y entregada el año 1905. Es su camarera D.ª Josefa García, de Atienzar.
- 17.º Penitentes con cruces y cirios.
- 18.º Paso de NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES, obra preciosa y devotísima de D. Roque López del año 1787. Imagen de vestir, luce hermoso y elegante manto de color azul celeste. Es su celosa camarera D.ª María Fernández Cano de Ruiz-Funes.
- 19.º Coro de orquesta y voces a cargo del maestro D. Manuel Mora.
- 20.º Estandarte del Titular Santísimo Cristo de la Preciosísima Sangre.
- 21.º Penitentes con cruces y cirios.
- 22.º Comisiones de las Ilustres Cofradías del Santo Sepulcro, Cristo del Perdón y Nuestro Padre Jesús Nazareno.
- 23.º Paso del SANTISIMO CRISTO DE LA SANGRE, titular de esta Ilustre Cofradía, singular escultura del estraburgués D. Nicolás de Bussy, entregada a la Cofradía el año 1693. Es su camarera D.ª Joaquina García de Durán.
- 24.º Palio del siglo XVIII que es novedad este año restaurándose así una vieja tradición.
- 25.º Presidencia de la Cofradía.
- 26.º Curia Eclesiástica y Clero Parroquial.
- 27.º Banda de Música de Guadalupe, dirigida por el maestro D. Alfonso Caravaca.

NOTA. La procesión, desgraciadamente, fue suspendida por la lluvia que descargó aquella tarde de Miércoles Santo de hace 50 años sobre nuestra Ciudad. La procesión saldría de nuevo en la forma en que aquí se la describe el año 1935. Fue la última, la guerra civil se llevó por delante tronos, imágenes y túnicas e impidió que en los años 1936, 37, 38 y 39 los «coloraos» estuviesen en las calles. Reaparecieron en 1940 con sólo 4 pasos. Desde entonces sólo ha dejado de salir en 1968 y 1981, en ambas ocasiones a causa de la lluvia.

MADRE «COLORA»

Sí, allí estaban, desde el capuz hasta el rosario que sus manos arrugadas y temblorosas habían acariciado tantas veces, para que también ella pudiese salir este año con su hijo en la procesión del Carmen.

Una nube de nostalgia, melancolía y tristeza inundó la habitación cuando el cajón abrió su boca y vomitó millones de recuerdos, millones de aromas y un solo color, el «colorao» de su túnica bermeja; una nube que hizo que sus ojos se inundaran de lágrimas, que regaron su joven aunque curtido rostro de niño-hombre. Diecisiete primaveras en las que juntos habían llorado, habían reído, habían discutido. Rieron cuando aprobó el Bachiller, discutieron cuando quiso fumar, y lloraron cuando su padre les dejó. Fue entonces cuando ella heredó la túnica de penitente de su marido y salió con su hijo mayordomo. Desde entonces nunca le faltaron las flores que puntualmente le traía su hijo del paso, algún año con un descosido en la túnica. Este año, cuando los estantes protejan las flores, él ya no tendrá que cogerlas porque ya no tendrá a quién dárselas.

Mientras tribulaciones bullían en su cabeza, los pantalones, calcetas y zapatos iban ocupando su sitio; la camisa se deslizó por su fuerte cuerpo y sus manos chocaron con aquel cuello duro que todos los años les había dado el follón negándose a ser cerrado. De sus ojos volvieron a brotar las lágrimas y temblándole las manos por primera vez cerró el cuello sin resistencia; la pajarita que tantas veces retocara ella estaba en su sitio, ya descolgaba la túnica de su percha. Cuando se vio en el espejo con la túnica puesta, ese color rojo «colorao» le trajo recuerdos de los cuantiosos corazones bermejos que se apiñaban en el patio de penitentes, mientras él esperaba en la puerta de la iglesia la salida de su paso.

Otra vez olvidó el sitio donde se debía poner el cordón, de nuevo lo tendría que preguntar en la iglesia, ella tampoco se acordaba nunca de dónde tenía que ir.

Cuando cogió el rosario lo abrazó, acarició y besó como hacía ella y se lo colgó, los guantes, el cetro, el capuz, la contraseña en el bolsillo. Este año no llevaría caramelos, aún recordaba las cosquillas que siempre le hacía la primera bolsa y las amantes manos de su madre distribuyéndolos. Apagó la luz y salió. Aún duraba esa nube de nostalgia cuando cerró la puerta y bajó las escaleras.

A la salida los niños le pedirán caramelos como antes, y le preguntarán las señoras si sale a las 8 o a las 8,30 del Carmen ¿verdad?

Y él recordará como respondía ella: «¿De dónde si no? ¿Dónde cree usted que hay nazarenos tan guapos como éste? Y le señalaba a él, «orgullo de madre» pensaba.

Ya se ve, la iglesia y los nazarenos «coloraos» que se acercan, una fugaz mirada al patio donde debería estar ella y pensó... «¡Y está! Si no en cuerpo y alma, si en alma». Pero un alma muy grande que consiguió hacer germinar en su hijo el amor a una túnica, la bermeja, y a una mujer... su madre.

José Fco. Carreres Santo
Mayordomo-Camarero de San Juan

Rimas Pasionarias

LUZ DE ETERNIDAD

Tu mensaje y tu siembra, Señor, de luz divina
brillante en tu verbo con fraternal amor.
Dimensión trascendente tu paso redentor
y estela refulgente que al bien nos encamina.

Mensajero, hijo de Dios, del hombre su pristina
verdad la proclamaste con firmeza y fervor,
y en el alma encendiste desconocida flor
que a la humana conciencia despierta e ilumina.

Fuente del milagro y de la fe. Luz rutilante
en tu misión sublime, terrena, sobrehumana
—haz prieto tu mensaje de paz y de bondad—,

pues tu vida fue norma creadora e irradiante
que a la muerte venciendo, abrió clara ventana
nimbada con el oro de plena eternidad.

Luz de tu perdón y de tu sangre. Humildad.
Tenebroso holocausto de tu Crucifixión.
Sombras... Y la alborada de tu Resurrección.

Culmen de la humana raíz. Viva llama esplendente.
Cobra conciencia el hombre de su ser y misión.
Luz de eternidad, Señor, llevaba tu simiente.

Manuel de Gracia

EL DOLOR DE JESUS PLURALIZADO

Suplicio atroz; el más terrible y fuerte.
Pues satánicos odios sin medida,
cual lobos insaciables sin hartura,
envilecieron más su aciaga suerte.

Abatido y sin fuerzas, casi inerte,
y anegada su alma de amargura,
ante la visión de tan cruel tortura
suda sangre entre angustias de muerte.

Azotes y llagas; sangre inocente.
Afrentas y mofas; profunda pena.
¡Patíbulo de insultos de la gente!
En la obscura soledad de aquel ambiente,
fue la incompreensión la peor condena
que haría aquel suplicio más hiriente.

Amargura de hiel la de Jesús.
De insultos y blasfemias más herido
que estar con clavos a la cruz cosido,
ante aquella villana multitud.

Desprecios, cobardía, ingratitud.
En dolor de abandono fue sumido;
y a un vil asesino, preferido,
para ser sacrificado en una cruz.

Fue la burla, la más cruel lanzada;
y la traición, tal vez más lacerante
que la inicua sentencia pronunciada.
Más quedaría su alma desgarrada
por espinas del odio tan punzante,
de tanta Humanidad descarriada.

En sus hombros cargó el grueso madero
de las cruces por todos fabricadas,
que le hicieron caer, de tan pesadas,
ante aquel pueblo sanguinario y fiero.

Inocente y sumiso cual cordero,
cruzaron Hijo y Madre sus miradas;
y sus almas quedaron traspasadas
del dolor de tamaño desafuero.

Calvario de amor; fruto fan fecundo,
que sintiendo el dolor pluralizado
no dejó de sufrir por un segundo.
Su perdón al morir, fue tan rotundo
que se hizo reo de nuestro pecado
para dar con su muerte, vida al mundo.

Antonio Guillermo Alarcón

La procesion vista por...

un pintor

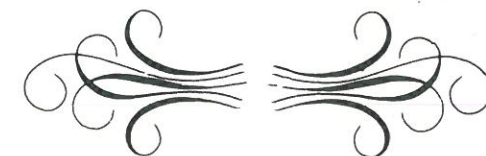


TARDE DE MIERCOLES SANTO

El Berrugo, huyendo eternamente de sí mismo, ha vuelto a su escapatoria anual. Una vez más lo han encontrado emboscado en los dulces vericuetos de la huerta, comiéndose goloso las habas más tiernas. Todas las tardes de Miércoles Santo parecen la misma, aunque unas veces se pongan húmedas y plomizas —¿saldrá este año?—, y otras se vayan dorando lentamente, hasta que sólo quede un retal de sol añejo colgando entre los árboles del Jardín y las blancas torrecillas gemelas de la Iglesia. Hemos tropezado por los caminos huertanos al nazarreno colorado avanzando en su bicicleta, navegando despacioso su buche enorme como la bodega de un carguero, recalando en la dársena de algún mostrador para prepararse el cuerpo a la difícil singladura. Por las esquinas empiezan a aparecer las primeras túnicas. Lo que principia como unas pocas notas de bermellón se torna pronto un torrente circulatorio que se regolfa en todos los pulsos de la ciudad. La plaza de Camachos se va llenando de medias bordadas y de pecheras dieciochescas. Hay un crescendo en rojo que va a más hasta que la procesión sale.

A medida que la procesión va pasando, va lavando las viejas raíces de Murcia hasta dejarlas en carne viva el lamento antiguo de las bocinas. Las viejas raíces, hundidas en la tierra oscura de la existencia, necesitan del agua que mana del pozo de la Samaritana, del agua del Lavatorio, de las lágrimas de San Pedro, de las lágrimas de la Dolorosa, y de la Sangre redentora del Crucificado andador, que borbotonea temblorosa en lo alto del Puente, bajo la alta luna eucarística y sobre la eterna cantilena del río. Y las viejas raíces, recién lavadas, se estremecen entre un frágil tintineo de tulipas.

Antonio Díaz Bautista





UN SACERDOTE

CUANDO PASA TU SANGRE POR EL PUENTE DE LOS PELIGROS

Ahora, cuando ya es primavera en el corazón del almanaque, la Semana Santa de Murcia se nos aproxima y llega con la gozosa puntualidad del tiempo. Un tiempo que nos va avanzando por la piel y las pupilas y que va llenando la memoria a la vez que pone —cada nuevo año en este tiempo— más gotas de nostalgia en el cerebro.

El «Miércoles Santo», el día de la procesión de los «coloraos» está en mi memoria intenso y multiplicado, hasta el punto de que no parecen jornadas diferenciadas, sino que como en una especie de mágico rosario se unen en recuerdo hasta crear un largo, bello y único Miércoles Santo.

Por ejemplo aquella calle grande —donde viví unos años— de Floridablanca. Al fondo las torres hermanas de la iglesia del Carmen. Había árboles, grandes árboles. Pasaban los carros chirriando por los abombados adoquines; pasaban luego gentes, en esa determinada jornada, engalanadas y ligeras para hacer eso de «coger las sillas». Desde aquel mirador de estilo modernista veía yo —¡qué alegre sobresalto!— el primer nazareno, inconfundible, distinto, tan «colorao». El seno cuajado y pleno. La ilusionada esperanza infantil de si ese nazareno sería amigo, conocido de quienes me iban a llevar a la procesión.

La iglesia del Carmen, cuando yo la visitaba en la víspera o por la mañana, cuando los niños nos aproximábamos y entrábamos en tromba, escrutadores y bulliciosamente silenciosos, tenía algo de extrañamente mágico. Los pasos ya allí dispuestos, sobre las andas, aún sin flores. Pronto la iglesia comenzaría a tener una actividad inusitada, incluso se hablaría como en voz alta... allí en la iglesia! Todo un pequeño ejército de gentes iba estando ya dispuesta a poner en marcha los últimos, urgentes, necesarios preparativos.

Aquel año, salía un paso nuevo «El Lavatorio», de un escultor murciano, González Moreno. Alguien señaló que el escultor era aquel señor que estaba allí, junto al paso y que hablaba con unos carpinteros. Yo jamás había visto a un escultor y allí lo veía, en la iglesia del Carmen, un Miércoles Santo por la mañana.

El Berrugo tenía la mirada torba y aún no le habían puesto las habas. Eran las primeras habas que había en Murcia, según decían... Una tarde, una noche, extrañamente vi la procesión en el Puente Viejo. El Buen Cristo desclavado caminaba lento y rojo entre el rojo sangre que inundaba la noche junto al río; el río de agua donde los peces brillantes de sangre sus escamas saltaban, en retroceso imposible por el resbaladizo azud, tal vez aturrido por las bocinas y los tambores retumbantes.

Desde aquella noche, aquella primera noche en que la edad ya me permitía ver sólo la procesión, siempre, siempre la he visto regresar desde el puente. Además, aquel primer año mío de libertad descubrí que mi padre —que año tras año me había llevado a ver salir la procesión— le gustaba a él verla regresar también, como otros tantos murcianos, desde el viejo Puente Viejo. Este año (el Miércoles Santo es un largo día fusionado, sin fraccionamiento temporal, sino continuo en mi memoria) tal vez mi hijo mayor, casi seguro, la verá también allí y puede, es seguro que yo me encuentre con él y con sus amigos, y regresemos juntos a casa. Cuando ya el Cristo de la Sangre vaya dando sus últimos pasos, penetrando entre una emoción contenida por la puerta grande, abierta de esa iglesia de dos Torres hermanas.

J. Freixinós

un escritor



EL PUENTE VIEJO PARA LA SANGRE REDENTORA

Sobre todo el rumor de vivencias desde la urbe, desde el rincón de una barriada salpicada de nuevos asfaltos que corrompen, acaso queda la raíz de los silencios por la calle de Aladberos, o por el quicio de la placeta que termina en intimidades pasadas, cuando años ha se palpaba otra trascendencia. El rigor y el vigor de un desfile procesional queda empotrado en el laberinto urbano de la barriada del Carmen, antiguo retablo de un paisaje con figuras de labriegos, con personajes que fecundaron el «espíritu nazareno», auténtico emporio de una riqueza identificadora, pero de verdad, no como se comenta desde nuevos enfoques de una murcianía que no cala más allá de lo superficial. Para mí que el barrio del Carmen, ancestral y untado de vieja huerta, espacio al que se tenía que ir, en el trayecto del puente, lugar para quedar o quizás deambular en citas rituales; va unido a ese momento del espíritu humano, de la secuencia murciana del ser y formar parte de ese barroquismo que conforma la textura del nazareno, con su túnica colorada, vestidura grotesca pero caída en gracia por la sencillez del que la lleva, que se revela en el acopio de humildades y fervores por el surco de lo místico y de la Pasión. El lado del barrio urbano es simplemente la anécdota para que en el siglo XV volviese a la mente, la clásica devoción a la «Preciosísima Sangre de Cristo», cantada y recogida desde el país de los bretones en sus célebres «lais», relacionado con el vaso sagrado o Santo Graal, unido a la leyenda del Rey Arturo, popularizada, fecundando la mente universal, transplantándose aquella devoción a Valencia y posteriormente a Murcia, debido entre otras cosas, como señala Díaz Cassou, a la misión de Fray José de la Exaltación, en el 1603. Desde ese instante crece el

fervor, la participación de la huerta creadora del folklore religioso murciano. Surge la cofradía de la Preciosísima Sangre, la que hoy es «Real, Muy Ilustre y Venerable Archcofradía», que da lustre los más señeros apellidos de la urbe dieciochesca, templada por el boato y el cúmulo de displicencias y litigios, pero que se consolida por el fervor de sus cofrades, tanto de tarja, como de sus mayordomos, estantes o «llevadores del paso», que se agarra a la solera urbana con la presencia del Cristo de Bussi, pieza de los cancioneros de ciegos y de voceros de pasión, mensaje de una antítesis, del ser y no ser, de la verdad y la muerte, de la fecundidad de la sangre redentora, que se transmite eternamente. Murcia, el Cristo de Bussi y el Puente Viejo. El Cristo de la Sangre que recoge el angelote en un vaso. Presencia de una confirmación escatológica. Tríptico para la ciudad en viejas tulipas y en un color de sangre que se arroja como en una fuente divina. El atardecer murciano queda para lo eterno, para la grandiosidad de una música de Wagner, con la silueta del Cristo que, por el milagro del cincel, camina con la Cruz clavada desangrándose, sobre el corto itinerario del viejo puente. Al fondo se elevan unos eucaliptos y el crepúsculo roza con su tapiz el rostro de Cristo que transcurre silencioso, se pasma todo entre el latir de la sangre reveladora. Murcia se cuaja de este estertor agonizante, desde el bermellón de túnicas y de rezos, es cuando renace la atmósfera trascendente del Miércoles Santo. Convocatoria de Dios Redentor, en la tramoya de un arca de ciudad.

Vamos a ver la procesión de los «Coloraos». La del Miércoles Santo murciano. La del Cristo de la sangre pasando por el Puente Viejo.

Fulgencio Saura Mira

La procesión de «Los Coloraos» de Murcia, entra, por desgracia, en el más riguroso calendario de la actualidad mundial. De forma, que el Miércoles Santo, a la caída de la tarde murciana, instalado en el Puente Viejo de mi ciudad, asistiré al paso real y efectivo del mundo, de mi mundo. Cabalga, a cruces de tantos nazarenos encapuchados; ni más ni menos que la pasión real y auténtica del más espantoso espectáculo que ofrece hoy la vida misma. En todo caso, el Miércoles Santo, asistiré en vivo, espasmo en mis venas, miedo en el corazón, al drama diario.

Es ésta la procesión de La Sangre. Y a ella me atengo. Y me alegro. Me alegro de que esos nazarenos anden la geografía de Murcia totalmente encapuchados. Nadie podrá negarme mi derecho a que pudieran ser hombres de Irán o Irak condenados irremisiblemente a la muerte. Es la sangre que cumple, inexorablemente su aniversario infinito año tras año. No hay —¡Dios, Dios de la Sangre!— solución de continuidad. Es la sangre nicaragüense o sandinista o argentina o salvadoreña o tal vez los estudiantes muertos en Marruecos. Y no quiero pensar —¡Qué dolor siento, Dios!—, pensar que esa sangre es más hermana mía, más sangre de mis propias venas, más cercana a la carne de mi carne y al sentimiento de mis sentimientos. No quiero —rehúyo— pensar que esa Sangre es la sangre del Norte, la sangre Euskadi Norte o del País Vasco-francés. Y le voy a preguntar, desde la sillería pétrea del Puente de Los Peligros, al Cristo de Bussi.

—¡Oye, Cristo! ¡Oye, Dios! Esa sangre del mundo, esa sangre hermana, esa sangre inocente de los hijos de los hombres, ¿a dónde va?

Y a todo esto, junto a esa pregunta que acabo de hacer al Cristo de La Sangre, me queda otra dentro del zurrón nazareno. Pero es una pregunta que nadie me va a contestar. Me queda la tristeza de no saber a dónde va esa sangre de mis hermanos y —lo que es más grave— para qué sirve esa sangre derramada. Así estaré, Dios, cuando pases por la geografía del Puente Viejo. Un puente, además, para más INRI, llamado el Puente de los Peligros. Es decir, Dios, que este mundo será siempre para nosotros un auténtico peligro. Es éste el puente por el que hemos de cruzar, día a día, camino de la sangre o camino de la muerte.

Yo entiendo, sin embargo, Dios, que los puentes están contruidos para facilitar el paso a los hombres. Entiendo que los hombres tenemos derechos —de una vez y para siempre— a cruzar fronteras en busca de la paz. Que me garanticen esos puentes que me llevan al encuentro de mis hermanos. De hecho, hoy siento un inmenso temblor en este puente colgante de la vida. Todos los puentes se rompen todos los días en explosión de la más violenta sorpresa.

Al menos hoy, Dios, cuando pasa tu sangre por el Puente de los Peligros, garantizanos la esperanza.

Cofradías hermanas

DE LA COFRADIA CALIFORNIA DE CARTAGENA

Hace unos años la Cofradía de «los Coloraos» y la «California» de Cartagena, se vincularon y, desde entonces, sus Hermanos Mayores ostentan sendos nombramientos honoríficos que acreditan aquella confraternización.

Como Cronista de los «Californios», de la Cofradía del Prendimiento o de «los encarnados» —como también se le llamaba—, voy a contaros algunas cosas históricas, íntimas de esta Hermandad, a fin de que vayáis conociendo «los Coloraos» las raíces de esta Cofradía cartagenera, que aprovecha la ocasión para enviaros un cariñoso saludo.

En principio esta Cofradía —remontándonos a mediados del siglo XVIII en que se constituyó— se denominaba «Cofradía de Nuestro Padre Jesús en el Paso del Prendimiento».

Al incorporarse a la Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza de Madrid, se denominó «Pontificia, Real e Ilustre Cofradía de N. P. Jesús en el Paso del Prendimiento y Esperanza de la Salvación de las Almas».

Aunque la principal finalidad de la Cofradía era la organización de la procesión del Miércoles Santo. Entre los fines de la misma, estaba la conversión de las personas que estaban en pecado mortal.

Y todos los Miércoles de cada semana, allá iban los cofrades del Prendimiento recorriendo las calles, en especial los barrios y calles altas, provisto de faroles y campanillas, cantando coplas con voz lastimera.

He aquí algunas saetas que se cantaban:

«Hombre que estás en pecado;
si en esta noche murieras,
piensas bien a donde fueras».

«Despierta, hombre, despierta,
no aguardes a que la muerte
condenado te despierte».

«Pecador que ahora me escuchas;
piensa en que te morirás
y cuenta a Dios le darás».

«Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo».

Y así por el estilo, los cofrades tenían un repertorio muy extenso.

Estos rondadores del Pecado Mortal, desaparecieron a principios del siglo XIX.

Nuestros desfiles pasionarios, tienen cosas y anécdotas muy jugosas. Veamos.

Entre los cofrades célebres de los californios, citaremos a un boticario que vestía de Pilatos, puesto adquirido por herencia. Y tal era la riqueza de su traje, que para bordárselo tuvo que vender tres casas que poseía. Y sus maneras extremadas y estudiadas, el aire de su brazo y bastón, llamaban la atención de cuantos presenciaban su desfile.

Otro fue, aquel popular cofrade que vestido con la clásica túnica encarnada corría la procesión desde los Granaderos a la Virgen, llevando una colosal bandeja, la que, elevándola sobre su cabeza, se dirigía a los espectadores gritando con voz estentórea: «Animas piadosas y caritativas... ¡Y llovía sobre él las monedas y alguno que otro duro lanzado son la santa idea de que le brotara un chichón...»

Y para finalizar éstos breves relatos de la historia de nuestra Cofradía, contaré un suceso relacionado con la marcha de los «Judíos» en la Isla del Pacífico.

Las marchas procesionales tienen en nuestra Semana Santa un significado peculiar marcado a ritmo de tambor.

Pero si tuviéramos que destacar de todas las marchas típicas aquellas que encierran una especial predilección popular, sin duda alguna tendríamos que mencionar la de Granaderos y «Judíos», que están clavadas indelebles en los cartageneros. Toda vez que de generación en generación las dos marchas han sido las genuinamente representativas de nuestras procesiones. ¿Quién es el cartagenero que incluso ausente de su tierra no se estremece al escuchar esas marchas de «Granaderos» y «Judíos»...

Todo esto viene a recordar un episodio que hace muchos años sucedió. Episodio entrañable y significativo relacionado concretamente con la marcha de los «judíos», y que tuvo como protagonista a dos cartageneros en un lugar situado a varios miles de kilómetros, no sólo de su tierra natal sino de España. Este es el hecho a grandes rasgos.

Hacia poco tiempo que la experiencia del Cantón había concluido. Un capitán de aquel improvisado ejército cantonal fue delatado, encerrado en un presidio y, posteriormente, deportado, sufriendo castigo de destierro en la Isla del Corregidor, tierra perdida en la inmensidad del Océano Pacífico, gobernada, a la sazón, por un oficial también cartagenero. Este, según parece, se portaba muy bien con los cantonales allí recluidos. Y acercándose el onomástico del gobernador, y no pudiendo el capitán cantonal corresponder con regalo alguno por carecer de dinero, enseñó la marcha de los «judíos» al director de la banda de música, integrada por indios. Y cuando llegó el día señalado, en la plaza de Armas de aquella pequeña Isla, sonaron las entrañables notas de las marchas cartageneras. El gobernador, loco de alegría, se abrazó fuertemente al desterrado, y lloraba como un niño, a la par que reía poseído de indescriptible alborozo...

Luis Linares Botella
Mayordomo-cronista de los «Californios»

Ventana a la historia

LOS ESCULTORES DE LA COFRADIA DE LA PRECIOSISIMA SANGRE DE CRISTO

La Cofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo cuenta en su larga y dilatada historia, con un plantel de excelentes escultores, que le han dado prestigio y fama. Entre los cuales destacan: Nicolás de Bussi, Roque López, Santiago Baglietto, Francisco Sánchez Tapia, su hijo Francisco Sánchez Aracié, el valenciano Juan Dorado Brisa, José Molera, Sánchez Lozano y González Moreno. Todos ellos han dejado su huella artística, con mayor o menor acierto en la cofradía, ofreciendo lo mejor de su arte y enriqueciendo de imágenes y estatuas el patrimonio artístico murciano.

Es por este motivo, por el cual vamos a realizar en esta ocasión un trabajo sobre la labor escultórica más notable de estos artistas en nuestra ciudad y fuera de ella.

Nicolás De Bussi.— Es el escultor más notable que tuvo Murcia a finales del siglo XVII y primeros años del XVIII, antes de la llegada de Francisco Salzillo.

Nicolás de Bussi, viene a Murcia, según Ibáñez García en 1688, habiendo trabajado en Orihuela desde 1682 hasta su llegada a nuestra ciudad (1).

En Murcia, se rodea de un círculo de excelentes pintores, entre los que destacan Mateo Gilarte y Senen Vila, con quien mantiene relaciones amistosas y profesionales.

Gracias a su propio testimonio y por Palomino, sabemos que mantuvo una estrecha relación con don Juan José de Austria, y parece ser, aunque no está documentado en el Archivo del Palacio Real de Madrid, que gozó del título de escultor de S.M. Carlos II. Pero lo más seguro es que se formara en Roma y viniese en el séquito de don Juan José (2).

Nace en Estrasburgo en 1650, ignorándose su época de formación y etapas viajeras, antes de su aparición en la zona levantina. En 1674 residía en Alicante y se casa en junio de 1676, como admirablemente documentó López Jiménez (3). Sus trabajos de escultura en Elche entre 1678 y 1682; su presencia en Murcia ocupándose en obras de este oficio y en negocios de explotaciones mineras (1699) que no terminaron bien (4), le hizo permanecer en nuestra ciudad hasta enero de 1704, fecha en que dio carta de pago del Calvario para la hermandad de los Santos Pasos. Más tarde llegó a Segorbe, profesando como mercedario, falleciendo en Valencia en diciembre de 1706.

Al margen de su obra para la cofradía de la Preciosísima Sangre, ya estudiada con profundidad en otros trabajos y que le ocupó muchos años (5); para Elche, y en especial para la iglesia de San Agatangelo, esculpe el Santo titular en su portada lateral, y la admirable y compleja portada principal de la misma iglesia con el grupo de la Asunción. Mostrando en esta obra como manifiesta el profesor Pérez Sánchez: «un conocimiento de la plástica berninésca, en modo análogo como lo entendieron en Roma un Permoser o Schlutter» (6). El nobilísimo grupo de la Asunción, las vigorosísimas guirnalda y los niños músicos son de una gran calidad. También se le atribuyen los niños de la portada de la Colegiata de Lorca, según Sánchez Moreno.

Otras obras muy importantes debidas a su gubia, son el Cristo de Enguera (1675) y el noble Cristo de la Misericordia de Lorca. Ambas destruidas en la guerra civil, y conocidas a través de excelentes fotos.

Preciosa imagen es la de San Francisco de Borja, tallado en madera, policromada, dorada, y estofada, de tamaño natural. Muestra al Duque de Gandía, contemplando absorto el cráneo de la emperatriz Isabel de Portugal, esposa del emperador Carlos V. El rostro del santo es de una emoción y una expresividad magistralmente lograda. Elías Tormo, nos dice de esta escultura: «Hosco también y vigoroso y duro, pero de penetrante elocuencia trágica». Finalmente como obra muy importante salida de sus manos, tenemos el grupo de la «Diablesa», que simboliza el mundo, el pecado y la carne, de fuerte expresividad.

Las obras de Nicolás de Bussi se caracterizan por ser ásperas, ascéticas y expresivas.

Roque López.— Es sin lugar a dudas, el discípulo predilecto y más aventajado de Salzillo, con él como afirma Sánchez Moreno: «perdura y se proyecta... la excepcional obra que durante más de medio siglo llena el caudal de un río casi exhausto en el arte imaginero nacional» (7). Es quizás, el más fiel continuador de la obra de su maestro, llegando incluso a realizar obras verdaderamente admirables, incluso en algunas supera, porque no decirlo a Salzillo. Su estilo se diferencia de este último, en que concede más importancia al fondo, al espíritu que aviva en la imagen, que a la forma. Da más valor a la cabeza que a las demás partes del cuerpo. Sus rostros son algo más alargados que los de Salzillo e incluso si se quiere, mucho más expresivos. Se especializará en el tema de las Dolorosas.

Entre sus obras más importantes destacan: la imagen de Santa Cecilia en la iglesia-convento de las Agustinas de Murcia, realizada en el año 1783, año del fallecimiento de Salzillo, de factura extraordinaria, muy barroca, dentro de una estética juguetona como afirma Sánchez Moreno (8), y muy al gusto rococó francés. La cabeza es soberbia, muy expresiva y llena de auténtica gracia, manto y pliegues muy bien policromados, con rica estofa.



Su mejor obra, es el San Pedro Alcántara, que realizó para el Convento de los Diegos en el año 1811, fecha de su muerte. En la cual muestra su habilidad de técnica en su maravillosa cabeza, con afiladas mandíbulas y barbas, dos profundos surcos arqueados en la cara y una gran frente (9).

Para la ciudad de Lorca trabajó mucho y bien. Como muestra de lo que se conserva de este artista en dicha localidad, pues gran parte de su obra fue destruida en la guerra civil, centraremos su estudio en tres obras: el Resucitado, hoy en la Colegiata de San Patricio, y un Nazareno y un San José para la iglesia del Carmen, obras que reflejan las características mencionadas con anterioridad. Como colofón a su obra, destacaremos su participación en el Belén monumental, que la familia Riquelme encargó a Salzillo, y que este último trató de completar, siendo las restantes figuras obras de artistas del siglo XIX.

Santiago Baglietto.— Continuator de la obra de Salzillo y Roque López, es el escultor italiano Santiago Baglietto (10). Muerto Roque López en el año 1811, víctima de la epidemia de fiebre amarilla que asoló a Murcia, fue el único artista que quedó en la ciudad (11).

Santiago Baglietto y Gierra, nace en Cellai (Génova) en el año 1781. Su padre era armador de buques genovés, bien acomodado. Las guerras de la República Francesa, del Consulado y del Imperio, lo arruinaron; murió pronto y su esposa también. Se hizo cargo de los dos huérfanos que quedaron, Santiago y Bernardo, un hermano del padre llamado también Bernardo, quien vino a establecerse definitivamente a Madrid, donde el joven Santiago se dedicó a las artes y su hermano a la carrera de comercio.

Santiago, desde muy joven había mostrado su afición por la escultura; se matriculó en la Academia de San Fernando, como discípulo del célebre Alvarez, allí era conocido entre sus compañeros por el «genovés» y ganó dos premios, uno en 1796 y otro en 1805. El primero, con medalla de oro de tercera clase, por una copia de barro de una estatua griega «el fauno de la cabra»; el segundo, con medalla de oro de primera clase, por un modelo en barro original, que representa el momento en que las hijas del Cid son ultrajadas por los Condes de Carrión (12).

El 13 de marzo de 1807, contrae matrimonio con Carlota González, hija de un médico de la casa real y de Magdalena Díaz, azafata de su majestad la reina María Luisa. El 2 de mayo de 1808 lucha contra los franceses y es herido en el brazo derecho, salvándose gracias a que había reconocido como italianos a un grupo de soldados a caballo, a cuyo jefe le habló en su lengua explicándole el motivo por el cual se encontraba allí (13).

Mientras, sus suegros se encontraban en Roma con los reyes destronados.

Debido a las vicisitudes de aquel período revuelto e inseguro, de carestía y hambre, impropio para que un artista pudiera vivir de su trabajo, tomando rápidamente lo que pudo llevar consigo, salió de Madrid en 1811, dirigiéndose hacia Cartagena, donde creía que le esperaba su hermano Bernardo. Atravesó la Mancha, donde en Hellín un fraile franciscano le aconsejó que se quedara y que se dirigiera a los pueblos de Mula, Cehegín y Caravaca, pues lograría trabajo restaurando los desperfectos causados por los franceses en aquellas iglesias. Santiago hizo caso al fraile y permaneció en Murcia por espacio de cuarenta años (14).

En el año 1813 viene a Murcia capital, ocupándose de la misma labor. Aquí quedó maravillado por el arte de Francisco Salzillo e hizo amistad con el distinguido literato-publicista, profesor de matemáticas e individuo correspondiente de la Sociedad Económica de Amigos del País, don Luis Santiago Vado, que en sus comienzos había sido tallista. Habiéndose recibido noticias por algunos individuos de la comunidad de esta ciudad de Baglietto, le fueron a ofrecer sus servicios (15), nombrándole numerario en propiedad de la Sociedad Económica de Amigos del País, en la junta del día 16 de octubre de 1816, director de las salas de principios y modelo, con la dotación de 1.500 reales de vellón anuales (16), después de haber aprobado la oposición como consta en el libro tercero de Actas de esta Sociedad Económica. La obra que ejecutó fue un bajorrelieve original, representando a la diosa Minerva con los genios de las bellas artes, conduciendo a un joven al templo de la fama (17).

Muerto Roque López, no había quien le pudiera sustituir. Esto junto al prestigio de su cátedra, proporcionó a Baglietto encargos suficientes para mantener a su familia, y le hizo permanecer en Murcia aún después de la vuelta de Fernando VII (18).

Se ocupó en restaurar imágenes hasta el año 1815, en que hecha la paz y asentado en el trono Fernando VII, volvió a Madrid para recoger el fruto como artista y como adicto al rey (19).

El día 1 de febrero de 1831, es elegido académico de mérito de la Real Academia de San Fernando (20).

Durante los años 1830 a 1840, comienzan una serie de desventuras, desastres y calamidades. En el año 1842, el cólera morbo asiático invade la mayor parte de las provincias de España, produciendo dispersión y muerte en las familias, y por si esto fuera poco, el 8 de octubre de 1824 una devastadora inundación arrasa toda la vega de Murcia. A todas estas causas, hay que unir la catástrofe de los conventos, el movimiento de opinión anticlerical, la guerra civil y un sinfín de cosas, que hicieron casi imposible la labor del artista.

Es sabido que todos los artistas que vivían al amparo de los conventos quedaron muy mal parados, Santiago apenas pudo vivir de la escasa retribución de la Sociedad Económica (21), haciendo para particulares efigies de Niños Jesús de distintas advocaciones y en distintas posiciones, crucifijos de urnas y otras esculturas de tamaño pequeño de desigual mérito.

Hacia el año 1840, se le abre un nuevo horizonte, realizando su labor en la iglesia del Carmen de Murcia, correspondiendo a los años 1840-1846. En el año 1851, Santiago Baglietto solicita y obtiene una plaza de profesor en la Academia de Bellas Artes de Sevilla (22). Le sirvieron para obtenerla sus largos servicios en la Sociedad Económica sin menoscabar sus obras y el título de Académico de Mérito que poseía desde febrero de 1831. Se trasladó a Sevilla septuagenario, después de haber vivido cuarenta años en Murcia; aquel bienestar duró poco, pues falleció en octubre de 1853 rodeado de sus hijos (23).

Santiago Baglietto vino a continuar en Murcia las tradiciones escultóricas de Salzillo y Roque López. Le cogieron tiempos más difíciles y tuvo que luchar con la comparación de aquel artista extraordinario y su discípulo.

Baglietto, aunque influido por el ambiente de esta región, por sus tradiciones, representó la escuela académica en que se formó, menos naturalista y más ingeniosa también, hubo de trabajar «panem lucrando», simplemente en muchas ocasiones. No cabe, sin embargo, desconocer que era un gran artista. Hay que considerarlo como el último eslabón de la cadena de los notables escultores murcianos que empieza con Nicolás de Bussi y sin interrupciones durante siglo y medio termina con Baglietto dignamente (24).

Sánchez Moreno, en su biografía de Salzillo, dice: «Continuando la manera salzillesca o creando, tenemos al italiano Santiago Baglietto» (25). Y López Jiménez, en sus «Imagineros Levantinos» y en su «Escultura Mediterránea», escribe: «Pudo vivir de la escultura, experimentando el proceso de asalzillamiento» (26).

Santiago Baglietto dejó discípulos notables, entre ellos sus tres hijos: Santiago, Leoncio y Joaquín. Y fuera de su familia, al mejor de todos ellos, Francisco Sánchez Tapia. Otro discípulo notable fue el pintor caravaqueño Rafael Tegeo (27).

En cuanto al estilo, diremos que Santiago Baglietto era un académico. Sus rostros se caracterizan por la boca siempre entreabierta, son inexpresivos y alargados imitando el estilo salzillesco (28). Copió y restauró a Salzillo en infinidad de ocasiones, como señala Díaz Cassou en su «Pasionaria Murciana» (29).

Pérez Sánchez lo califica de «artista correcto y hábil profesional» (30).

Francisco Sánchez Tapia.— Escultor eminentemente imaginero, nació en Murcia al iniciarse el segundo tercio del siglo XIX, concretamente a comienzos de septiembre de 1831. Fue bautizado en la iglesia parroquial de Santa Catalina, con el nombre de Francisco Ramón Cándido, hijo legítimo de Ginés Sánchez, de 29 años y natural del Cabezo del Esparragal, y Juliana Tapia, su mujer, también de 29 años (31).

Estudió en las clases de la Sociedad Económica (32), y empezó a manejar la gubia y el cinzel en el taller de Santiago Baglietto. Al trasladarse este último a Sevilla en el año 1851, quedó solo para continuar las tradiciones de nuestra imaginería religiosa, su labor fue muy fecunda y laboriosa (33).

Ejerció muchos años su labor como profesor de la Sociedad Económica y desde el año 1878 perteneció a la Real Academia de San Fernando (34). Nombrado vocal de la Comisión de Monumentos, guardaba pequeños bocetos de Salzillo, de plena autenticidad que hoy se conservan en el Museo. Su obra es bastante desigual, tiene aciertos de verdadero artista y otras veces se nos muestra lleno de vulgaridades propias de un santero (35).

Díaz Cassou, en su «Pasionaria Murciana» dice lo siguiente: «Es el mejor discípulo de Santiago Baglietto, Sánchez Tapia es a Baglietto, como don Roque es a Salzillo. Sánchez es correcto, dibuja y coloca bien sus figuras, y las encarna como su maestro. Es el mejor restaurador de Salzillo (36), y el más fecundo de los escultores murcianos» (37).

Sánchez Tapia, educado por Baglietto, procuró seguir la escuela salzillesca y por tanto más justa sería esta proposición: «Sánchez es a don Roque, como don Roque es a su genial maestro» (38). Más que imitar el estilo de don Roque es seguidor a ultranza de Salzillo, dota a sus imágenes de un tono oscuro mate; los cabellos están estudiados con minuciosidad y detallismo y los rostros de sus obras son mucho más expresivos que los de sus hijos los Aracieles. Gusta resaltar en sus tallas la anatomía de pies y manos.

Falleció el día primero de enero de 1902 (39), siendo enterrado en el nuevo cementerio de Nuestro Padre Jesús, como consta en el libro diecisiete de defunciones de la iglesia parroquial de San Miguel, a los 71 años de edad (40). Otorgó testamento ante el notario Paulino Maestre Vera, el 15 de junio de 1896 (41).

A su muerte le suceden en el taller sus hijos Francisco, Manuel y Cecilia Sánchez Araciél, esta última ayudó a su padre en la restauración de los pasos del Museo Salzillo.

Su papel en el campo de la imaginería, viene a ser similar al de la hija de Pedro Roldán, Luisa «la Roldana», y a nuestro juicio la consideramos «la Roldana murciana».

Entre sus obras más notables, destacan dos medallones en forma de bajorrelieve que representan las figuras del Conde de Floridablanca y el Cardenal Belluga; la restauración del Cristo del Prendimiento obra de Bussi, y la imagen de María Magdalena, que forma parte del Calvario, para la cofradía del Santísimo Cristo del Perdón.

Francisco Sánchez Araciél.— A Francisco Sánchez Tapia, le sucede su hijo y discípulo Francisco Sánchez Araciél. Nacido en Murcia el 21 de octubre de 1851, artista de fecunda inspiración, fue un verdadero especialista en Sagrados Corazones de Jesús y María, realizó numerosas efigies de esta advocación no solo para la ciudad de Murcia, sino para los pueblos; tenía una verdadera vocación religiosa por estas imágenes que repitió hasta la saciedad, tanto es así que era conocido como «el rey de los corazones» (42).

De su vida, sabemos que estudió en la Academia de San Fernando de Madrid, en la cual obtuvo varios premios, se casó tres veces, tuvo cuatro hijos y fue un hombre de profundas convicciones cristianas y enormemente humano (43).

Francisco Sánchez Araciél era un hombre de estatura media, con barba rubia, profundamente religioso, le gustaba captar amigos para la Iglesia, y pertenecía a la Asociación del Apostolado de la Oración.

En cuanto a su aspecto profesional, era un hombre que ocultaba lo que sabía, entre su hijo y él se equivocaba cualquier persona que quisiese conocer su técnica artística.

Tuvo primeramente su taller en la calle de Santa Teresa, y posteriormente en Jabonerías, casa distinguida con escudo heráldico, patio de estilo renacimiento, con columnas y arcos.

En su taller, conservaba una estatua de San Jerónimo, de tamaño algo menor que el natural, copia de Salzillo, y una leja con modelos cuadrículados.

Trabajaba manos y pies, con sacos de cola y yeso, y después los encarnaba, le ayudaba su hija Cecilia y su aprendiz Mariano Rodríguez Jurado. Solía anotar sus imágenes en una libreta.

Sus relaciones con el escultor Juan Dorado no eran buenas, ya que se trataba de dos auténticos rivales en el arte de la imaginería, este último era de tendencia liberal y progresista; Araciél por el contrario, era conservador y muy católico (44).

Sánchez Araciél continuó la labor de su padre, restaurando las obras de Salzillo, junto con su hermana Cecilia. Poseía numerosos bocetos de Salzillo heredados de su padre (45). Falleció en Murcia el 24 de marzo de 1918 (46).

La obra de Francisco Sánchez Araciél es muy numerosa, y toda ella rezuma sabor religioso, es un escultor profundamente imaginero, a excepción de algunas obras ejecutadas en piedra como el busto de Salzillo en la Plaza de Santa Eulalia, toda su restante labor es imaginera, en madera policromada.

Sigue la escuela salzillesca en Murcia, y se especializa en un tema muy importante del último tercio del siglo XIX, el de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Es raro no encontrar en los pueblos más importantes de Murcia y otras provincias limítrofes (Albacete y Almería), que no cuenten con obras de esta temática. En lo que indudablemente hay que reconocer su prestigio y maestría.

Juan Dorado Brisa.— Pocas son las noticias que tenemos sobre este escultor, que murió joven en circunstancias trágicas. La única fuente murciana que nos habla de él es Baquero.

Escultor valenciano, permanece en nuestra ciudad los mejores años de su vida y los más fecundos de su producción (47).

Vino a Murcia muy joven con motivo del concurso que abrió la Concordia del Santo Sepulcro (48), con objeto de ejecutar cuatro ángeles y trono para el Paso del Entierro de Cristo (49), la imagen de Cristo era obra de Nicolás de Bussi, y el paso se realizó en el año 1896.

Dorado, estudia en la Academia de San Carlos de Valencia, siendo discípulo particular de Vicente Marco, trabajó mucho en Murcia estimulado por el ambiente salzillesco, siempre salvando su personalidad, aquí se hace un gran escultor y permanece por espacio de diez años.

Benlliure que estimaba sus dotes, quiso llevarlo a Madrid, pero casado y con numerosos hijos no quiso salir de nuestra ciudad, ya que contaba con un taller acreditado y además era profesor de la Academia de Bellas Artes de Murcia.



A comienzos de noviembre del año 1907, cuando se dirigía a Manises, camino de Paterna a Valencia, cayó el coche en que viajaba sobre la vía férrea y el tren lo destrozó cuando apenas contaba treinta y tres años (50).

Luchó por no ser conquistado por el arte de Salzillo, y hubiera sido un gran escultor de no morir tan joven (51). Sus obras están llenas de dulzura y poesía, logra a veces conjuntos muy armónicos y bellos. Fue el último canto del cisne de nuestra escultura murciana del siglo XIX.

José Molera.— Artista eminentemente imaginero, continuador de la obra de Francisco Sánchez Araciél en Murcia. Especialista en imágenes de tema marino, donde alcanzó un gran renombre que le dio fama. Su estilo es eminentemente salzillesco, salvando su propia personalidad. Es autor de unas Memorias publicadas recientemente por la Galería Alkara de Murcia (52).

José Sánchez Lozano.— Es uno de los escultores, que mejor ha sabido reflejar y continuar el estilo salzillesco, en el siglo XX. Fiel heredero del arte de Francisco Salzillo, su estilo se caracteriza por ser profundamente honrado en cuanto que sigue una sincera tradición imaginera, no exenta de originalidad.

Nace en el año 1904, en el Pilar de la Horadada (Alicante). Allí como pervivencia de su actividad artística tiene su casa-estudio denominada «Buenos Aires», llena de obras de arte que constituye un auténtico museo.

A la edad de 12 años, marcha a Madrid y entra en el taller de José Planes, el cual le enseña las técnicas del modelado. Posteriormente se dirige a Barcelona, donde cursa estudios de la Escuela de Bellas Artes de San Jorge, sobresaliendo como alumno, obteniendo premios y medallas, ganando el apetecido premio del Excmo. Sr. Conde de Lavern. Más tarde traba amistad con el Duque de Tovar, que le hospeda en Madrid, en su casa-palacio y lo envía a Murcia para que saque una copia de la Dolorosa de Salzillo.

Terminada la guerra, se dedica a la importante tarea de dar vida a las innumerables imágenes deterioradas y mutiladas en la contienda. Estos años de la postguerra le obligaron a atender numerosos trabajos de cofradías, iglesias y particulares. Sánchez Lozano fiel continuador de la obra de Salzillo, es un excelente restaurador, y un hábil copista.

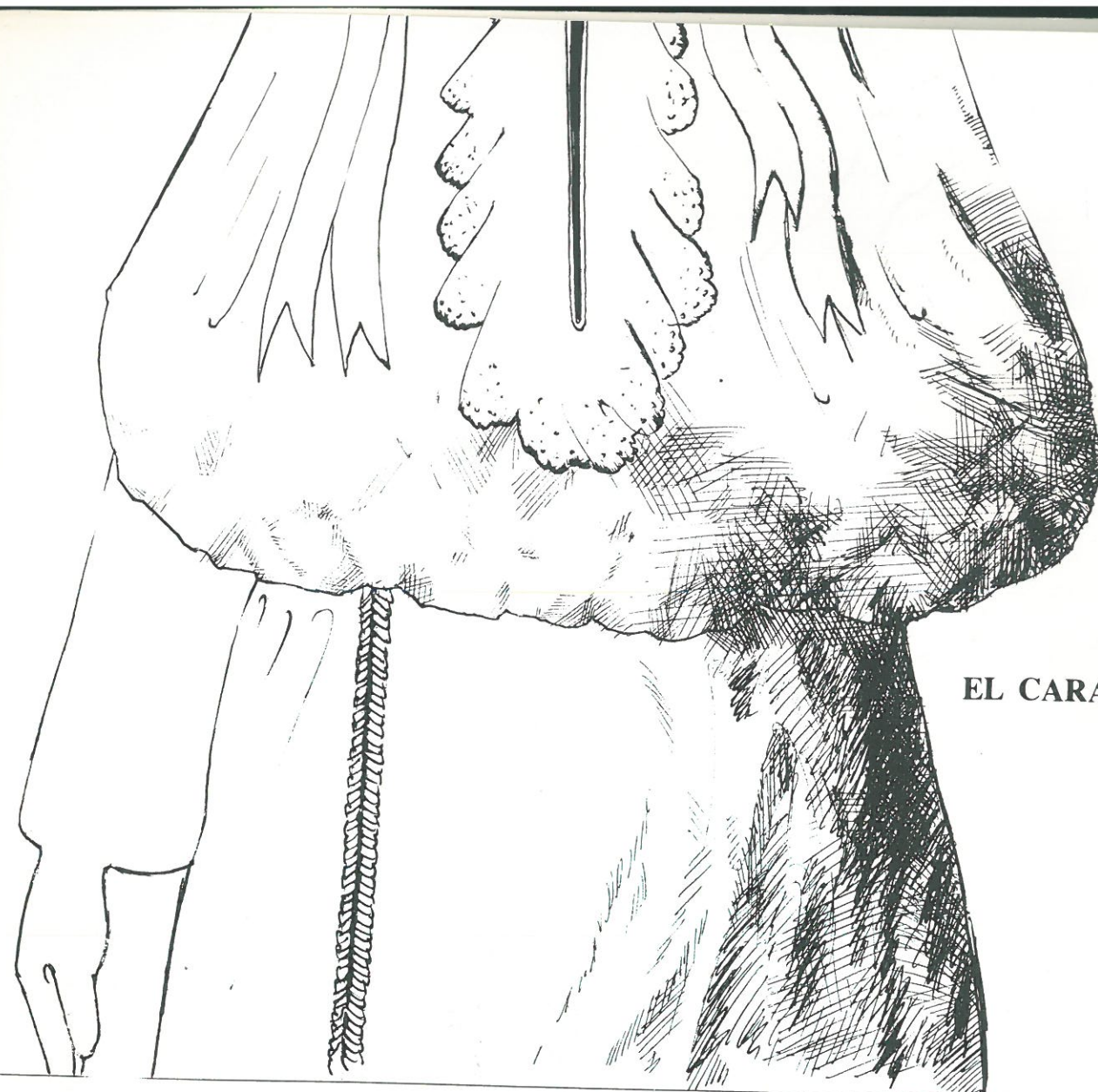
Juan González Moreno.— Nace en la villa de Aljucer (Murcia) el 11 de abril de 1908. Estudia dibujo en las clases de la Real Sociedad Económica de Amigos del País en el año 1923, siendo su maestro en las clases de dibujo el pintor Pedro Sánchez Picazo. En 1924, es admitido en un taller de retablistas y escultores, donde se ejercita en el dominio de las técnicas de talla en maderas, dorado y policromía. En 1931 es pensionado por la Diputación Provincial de Murcia, para estudiar escultura en la Escuela Central de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, donde ingresa en el primer examen. En 1936 termina sus estudios de escultura, y obtiene el premio Madrigal de la Academia de San Fernando. En la guerra se dedica a la recogida y salvamento del tesoro artístico murciano. En 1941 termina los estudios de profesor de dibujo en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, en 1943 ingresa de la mano de Enrique Azcoaga, en la Academia Breve de Crítica de Arte, que dirige Eugenio D'Ors, y participa en el Salón de los Once. En 1946, obtiene el premio Francisco Salzillo de Escultura de la Diputación Provincial. En 1948, gana la tercera medalla en la Nacional de Bellas Artes de Madrid. Realiza dos viajes a Italia en 1948 y 1951 y en París en 1955. En el año 1957 consigue la primera medalla por su «Mujer Mediterránea». Un año más tarde, 1958, gana la plaza como profesor de término de Modelado en la Escuela de Artes y Oficios de Murcia. Al año siguiente es nombrado académico correspondiente de la Real Academia de San Fernando de Madrid. En febrero de 1980, el diario «Línea» le premia por su obra global.

Entre sus obras más importantes destacan: La Anunciación, El Lavatorio, La Inmaculada Concepción, El Cardenal Belluga, Mujer Mediterránea y los once relieves del Santuario de la Fuensanta.

Finalmente, diremos que hemos hecho una síntesis somera de los artistas más notables que han trabajado para la cofradía de la Preciosísima Sangre de Miércoles Santo que la prestigian y la honran.

- (1) Ibáñez García, José María: *Nicolás de Bussi*. Murcia. Estudios Bibliográficos. 1982, pág. 45.
- (2) Sánchez Moreno, José: *D. Nicolás de Bussi, escultor (Nuevos datos sobre su personalidad humana y artística)*. Murcia. Anales de la Universidad. Imp. Nogués, 1943. Pág. 124.
- (3) López Jiménez, José Crisantos: *Imagineros Levantinos*. s.a.s.p.
- (4) Sánchez Moreno, José: *D. Nicolás de Bussi, escultor*. O.c. Págs. 126-128.
- (5) Pérez Sánchez, Alfonso Emilio: *Murcia*. Colección Tierras de España. Barcelona. Fundación Juan March. Nogués. 1976, pág. 227.
- (6) Pérez Sánchez, Alfonso Emilio: *Murcia...* o.c. pág. 228.
- (7) Sánchez Moreno, José: *Estudio sobre la escultura de Roque López*. «Revista Murgetana», N.º 1. Ed. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia. 1949, pág. 50.
- (8) Sánchez Moreno, José: *Estudio sobre la escultura de Roque...* O.c. pág. 66.
- (9) Sánchez Moreno, José: *Estudio sobre la escultura de Roque...* O.c. Pág. 65.
- (10) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario de Profesores de Bellas Artes Murcianos*. Murcia. Ed. Nogués. 1913. Págs. 24 y 349.
- (11) A.M.M. (Archivo Municipal de Murcia). *Vida y Obra de Francisco Salzillo. (Una escuela de escultura en Murcia)*. Murcia. Ed. Nogués. 1944-45. Pág. 216.
- (12) A.M.M. (Archivo Municipal de Murcia). *Actas Capitulares. Sesiones Extraordinarias, jueves 22-VIII-1811; viernes 30-VIII-1811 y miércoles 4-IX-1811*.
- (13) Frutos Baeza, José: *Bosquejo Histórico de Murcia y su Concejo*. Murcia. Ed. «La Verdad», 1934, pág. 197.
- (14) Baglietto González, Leoncio: *Apuntes para una Monografía del Escultor don Santiago Baglietto*. «Rev. Enciclopedia», N.º 8 (Imprenta de la Paz, Murcia). Págs. 59 y 60.
- (15) Díaz Cassou, Pedro: *Pasionaria Murciana*. Madrid. Imp. Fortanet. 1897, pág. 246.
- (16) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* o.c. Pág. 346.
- (17) Baglietto González, Leoncio: *Apuntes para una Monografía...* O.c. págs. 65 y 66.
- (18) Díaz Cassou, Pedro: *Pasionaria...* Pág. 247.
- (19) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 346.
- (20) A.R.S.E.A.P. (Archivo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País). *Antecedentes de Secretaría. Año 1816*.
- (21) A.R.S.E.A.P. *Cuentas de la Sociedad. Libranzas y Sueldos. Año 1820. Cuentas de Caudales. Año 1822, Cuentas de Caudales. Año 1828*.
- (22) A.R.S.E.A.P. *Antecedentes de Secretaría. Año 1816*.
- (23) Baglietto González Leoncio: *Apuntes para una Monografía...* O.c. Pág. 66.
- (24) Díaz Cassou, Pedro: *Pasionaria...* O.c. Pág. 247.
- (25) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 346.
- (26) Baglietto González, Leoncio: *Apuntes para una Monografía...* O.c. Pág. 66.
- (27) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Págs. 346 y 347.
- (28) Baglietto González, Leoncio: *Apuntes para una Monografía...* O.c. Pág. 60.
- (29) Baglietto González, Leoncio: *Apuntes para una Monografía...* O.c. Pág. 60.
- (30) Díaz Cassou, Pedro: *Pasionaria...* O.c. Pág. 246.
- (31) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 349.
- (32) A.R.S.E.A.P. *Libro de Actas de los años 1821, 1822 y 1823. Junta del jueves 14-VI-1821. Fol. 49 v.*
- (33) Antecedentes de Secretaría. Año 1827-28.
- (34) A.R.S.E.A.P. *Libro de Actas. Miércoles, 10-IX-1851. Fol. 246 r y 246 v.*
- (35) Libro de Actas, miércoles 17-IX-1851. Fol. 249 r y 249 v.
- (36) Libro de Actas, miércoles 8-X-1851. Fol. 252 r.
- (37) Leoncio Baglietto, señala en su obra: «Apuntes para una monografía del escultor don Santiago Baglietto» cómo éste al morir no realizó testamento alguno.
- (38) Baglietto González, Leoncio: *Apuntes para una Monografía...* O.c. Pág. 82.
- (39) Díaz Cassou, Pedro: *Pasionaria...* O.c. pág. 248.
- (40) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* o.c. pág. 345.
- (41) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 349.
- (42) Sánchez Moreno, José: *Vida y Obra...* O.c. pág. 216.
- (43) López Jiménez, José Crisantos: *Imagineros...* O.c. s.p.
- (44) Escultura Mediterránea. Valencia. C.A.S.E. 1966. Pág. 135.
- (45) Baglietto González, Leoncio: *Apuntes para una Monografía...* O.c. 82 y 83.
- (46) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 349.
- (47) Gaya Nuño, Juan Antonio: *Arte Español del siglo XIX*. Madrid. Ed. Plus Ultra. 1966, pág. 100.
- (48) Díaz Cassou, Pedro: *Pasionaria...* O.c. Págs. 132 y 134.
- (49) Pérez Sánchez, Alfonso Emilio: *Murcia...* O.c. Pág. 309.
- (50) Archivo Parroquial de la Iglesia de San Nicolás. *Libro 13 de Bautismos de la Parroquia de Santa Catalina*. 5-IX-1831. Fol. 151 v.
- (51) A.R.S.E.A.P. *Libro de Matriculas. Años: 1845, fol. 19 r y 19 v; 1847, fol. 30 r y 30 v. 37 r y 37 v.; 1849-50. Fol. 39 r y 39 v.*
- (52) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 420.
- (53) Ossorio y Bernard, Manuel: *Galería Biográfica de Artistas Españoles del Siglo XIX*. Madrid. Ed. Giner. 1975. Pág. 625.
- (54) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Págs. 421 y 422.
- (55) A.R.S.E.A.P. *Libro de Actas. Junta 21-V-1879*.
- (56) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 421.
- (57) Díaz Cassou, Pedro: *Pasionaria...* O.c. Pág. 249.
- (58) Fuentes y Ponte, Javier: *Dos Pasos de Procesión (A la Real Academia de San Fernando)*. «Diario de Murcia», martes 24 de marzo de 1896.
- (59) Las Procesiones de Ayer. «Diario de Murcia», sábado 17 de abril de 1897.
- (60) Díaz Cassou, Pedro: *Pasionaria...* O.c. Pág. 249.
- (61) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 422.
- (62) «Diario de Murcia», jueves 2 de enero de 1902.
- (63) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c., pág. 422.
- (64) Archivo de la Iglesia Parroquial de San Miguel de Murcia. *Libro 17 de Defunciones*.
- (65) A.H.M. (Archivo Histórico de Murcia). *Protocolos. Notario. Paulino Maestre y Vera. Año 1896. Fols. 1.723 r y v., y 1.724 r y v.*
- (66) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 25.
- (67) Estos datos nos han sido facilitados por la nieta del artista, doña Josefa Sánchez Rubio.
- (68) Estos datos nos han sido facilitados por el escultor murciano don Antonio Carrión Valverde (q.p.d.).
- (69) Morales y Marín, José Luis: *El Arte de Francisco Salzillo*. Murcia. Tipografía San Francisco. 1975, pág. 114.
- (70) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 25.
- (71) Escobar, Francisco: *Algo de Bellas Artes en la localidad de Lorca*. Lorca. Imp. Viuda de Carrasco. 1919. Pág. 286.
- (72) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 440.
- (73) Así era conocida la procesión del Viernes Santo por la noche.
- (74) El Cristo Yacente fue realizado a fines del siglo XVII, por el escultor estraburgués afincado en Murcia, Nicolás de Bussi.
- (75) El escultor Dorado. Muerte de D. Juran Dorado. «El Diario Murciano», viernes 1 de noviembre de 1907. Desgracia en Valencia. El escultor Dorado muerto por un tren. «El Liberal». Sábado 2 de noviembre de 1907.
- (76) Baquero Almansa, Andrés: *Diccionario...* O.c. Pág. 442.
- (77) Molera, José: *Memorias*. Murcia. Galería Alkara. 1973.

José Luis Melendreras



EL CARAMELO

Son muchas las personas que, cada año, se quejan de la poca seriedad que representa, en nuestras procesiones de Semana Santa, la entrega de caramelos, huevos duros, habas, monas, etc. Nuestra procesión de Miércoles Santo es, por desgracia, de las más criticadas. Es también conocido, por otra parte, el interés de la Iglesia en que nuestras manifestaciones pasionarias tengan la seriedad y solemnidad que la ocasión requiere.

Lo que está fuera de toda duda es que la entrega generosa de caramelos y otros objetos durante la procesión, es una tradición muy arraigada en nuestra Ciudad, y que dicha tradición, tiene un origen perfectamente claro que, sin embargo, no todo el mundo conoce.

Cuando en los siglos pasados, las procesiones eran la manifestación religiosa de los distintos gremios existentes, los penitentes de aquellas épocas restituían durante la procesión, a modo de penitencia, aquello que habían sustraído durante el año en el ejercicio de su profesión, bien en los precios, bien en las pesadas.

El nazareno-estante, el sufrido portador de los pesados tronos, venía desde su casa en la huerta para la procesión. Desde que salía de su vivienda hasta que regresaba, eran muchas las horas transcurridas y mucho el esfuerzo acumulado; por eso, para reponer fuerzas, se llevaba la comida guardada en el buche o «sená».

Este fue el origen de tan singular costumbre; una costumbre, una tradición, que se ha mantenido a lo largo de muchos años, de muchas generaciones, y que no hay porqué pensar siquiera en suprimirla.

Sin embargo, no están desasistidos de razón los que opinan que la entrega del caramelo es poco seria, y no lo están porque por desgracia, para muchos que se llaman nazarenos, los términos «procesión» y «caramelo», no ocupan el justo lugar que en realidad les corresponde.

El caramelo, es solamente un pequeño detalle de generosidad, de amistad, de hospitalidad con el forastero; es sólo un complemento, una anécdota, una tradición. Lo fundamental, es la procesión, el recuerdo emocionado de los días de la Redención, la reflexión interior.

Esta es la verdadera escala de valores a tener en cuenta; los infractores de la misma se hallan tanto entre el público, como en el seno de la Cofradía. Frente a los primeros, frente a aquellos que nos son ajenos, poco podemos hacer; pero frente a quienes se encuentran junto a nosotros, entre nosotros; debemos mostrarnos firmes, severos, intransigentes; porque está en nuestra mano, el que la hermosa y ancestral tradición que representa la ofrenda de caramelos, se haga con dignidad, con auténtico «estilo nazareno».

José Emilio Rubio



EFEMERIDES

Entre los estudiosos de los distintos aspectos que configuran nuestra singular Semana Santa, no hay unanimidad a la hora de determinar en qué fecha concluyó Nicolás de Bussy la más famosa y sorprendente de sus imágenes: el Crucificado-andante, el Santísimo Cristo de la Sangre que preside nuestra procesión de Miércoles Santo.

Las fechas que se barajan, abarcan, en su totalidad, la estancia de Bussy en Murcia. Así, se ha hablado de 1693, 1697, 1699, 1700, 1701 y 1703 como fechas probables de creación de la soberana imagen.

Pienso, que es hora de que la Archicofradía de la Preciosísima Sangre, adopte una de estas fechas como oficial, para así, en su día, poder conmemorar las efemérides que correspondan.

A mi modesto entender, la fecha apropiada es la de 1693; año éste del que data la cedulilla que se encontró en una oquedad del pecho de la imagen, al proceder a su restauración tras la guerra civil de 1936-39. Dicha cedulilla, que aunque el original se perdió se conserva la transcripción de su contenido, contiene la llamada «oración de Bussy», y cabe suponer que el devoto escultor la introdujo en el interior de la imagen al concluir su factura.

Partiendo de estos datos, y suponiendo que se adoptase esta fecha como oficial; en este año de 1983, conmemoraríamos el 390 aniversario de nuestro venerado Titular, y dentro de 10 años justos, en 1993 celebraríamos su cuarto Centenario con el esplendor y la solemnidad que la ocasión requeriría.

Toda esta información, como es lógico, es tan sólo una hipótesis de trabajo, que puede tener eco en la Archicofradía, o no tenerlo; por si lo tuviera, me permito adjuntar la relación de efemérides de cada uno de los «pasos» de la Archicofradía, tomando como base en los «pasos» que figuran imágenes de diversas épocas y escultores, la más antigua de ellas.

1. «La Samaritana», 1799.
2. «El Lavatorio», 1952.
3. «La Negación», 1702.
4. «El Pretorio», 1701.
5. «Las Hijas de Jerusalén», 1956.
6. «Santísimo Cristo de las Penas», 1980.
7. «San Juan», 1905.
8. «La Dolorosa», 1787.
9. «Santísimo Cristo de la Preciosísima Sangre», 1693.

José Emilio Rubio



LOS RIACHUELOS DEL LLANTO

El gallo está en lo alto, encaramado en el pedestal de la conciencia. El hombre, cualquier hombre, lo ha sacado del corral de su hondura y lo ha puesto sobre unas andas, como una confesión. Lo llevan alzado veinte nazarenos, doscientos, un millón, la humanidad entera que siente en su ser, junto al mordisco de la cobardía, el bálsamo del perdón. Veinte, cien, un millón de hombres, el hombre con túnica colorada, con el alma incendiada por el bochorno de haber negado la Luz desde la noche negrísima del miedo. Por las calles del «Barrio», por las calles del mundo, por las vías escondidas de sus venas avanza el gallo: un despertador para el sueño plomizo de la culpa, un quiquiriquí que agujerea la costra ya fraguada de la simulación, un rayo fulminante para el tronco carroño de la hipocresía.

Pero el gallo va erguido entre una mirada que es humana y divina —un reproche de infinita ternura— y un corazón aplastado, destrozado por el dolor, en el que han empezado a confluír los riachuelos del llanto. Gallo testigo, gallo canto, gallo aguijón, gallo campana que tiene la misión de tocar a rebato porque un galileo bravucón anda sembrando de negaciones la orilla de una lumbre insuficiente. Ahí está, recortada su blancura en lo oscuro —¡que todos lo vean!— oficiando el papel de remo ver los sillares de una traición tres veces remachada y desencadenar el cataclismo íntimo del pesar liberado. ¿Qué hombre no ha vivido alguna vez esa sensación de desmoronamiento, de las piedras del alma rodándole imparables, desconcertadas, locas, por las laderas empinadas de su yo falseado? ¿Qué hombre no ha visto alguna vez su cobardía al desnudo y se ha contemplado a sí mismo desplomándose entre el fragor de un trueno y el polvo terroso generado de su propia ruina? ¿Quién no ha sentido el soplo de la gracia abarrotándole el ámbito como un relámpago que es, al mismo tiempo, fuego que abrasa y beso que espolea? Por eso, ahí va el gallo. Gallo símbolo, gallo blanco, gallo lucero para la noche personal y prisionera de todo el que lo mire.

Pudo ser de colores, pero es blanco. Casi todos los gallos han mojado sus plumas en el arcoíris, como si hubieran chapoteado en un charco de flores. Pero a este gallo del Carmen lo han vestido de blanco, de blanco reluciente, de blanco obediencia para no dar lugar a interpretaciones acomodaticias. Representa el clarín de la verdad, y no otra cosa. No es un adorno, ni un resuello en

la tensión del drama, ni un párrafo curioso de aquella estampa estremecida. El gallo es una flecha que hiere, que rompe, que rescata al hombre atenazado y resuelve en albores la quieta madrugada. El gallo es una chispa que relumbra y que tumba. Pudo ser de colores, pero es blanco porque es la página de un libro imaginario en el que cada cual escribe, al verlo pasar, la secreta historia de su propio temblor.

El gallo, clarinero del alba, aupado en su columna, está entre el mirar de Cristo y una promesa rota. La mirada es serena, es mansa y comprensiva, pero está asediada por el zarzal agresivo de una deslealtad consumada. La esperaba, la había profetizado, mas ahora, cuando los pinchos le atacan, le duele. Y así mira el Señor, con ortigas humaas en sus ojos divinos. ¿Qué has hecho, Pedro, Pedro roca, Pedro amigo? Y el pobre pescador del Tiberiades tiene la sensación de que sus piernas se le vuelven arena, de que se hunde en una ciénaga de vergüenza. Como un pájaro fácil le pasa por la frente un apremiante deseo de anonadarse, de morir allí mismo, de borrarse entre un remolino de espuma, de encarnar los gusanos del desprecio. ¿Qué has hecho de los filos de tu espada, de las tiendas de campaña del Tabor, de tu gran afirmación de Cesarea? ¿Dónde, dónde están tus palabras rimbombantes con las que hacías proclamas de fidelidad? ¿Dónde está tu bravura, Pedro bueno, Pedro valiente, Pedro olvidadizo, Pedro asustado, Pedro traidor?

El gallo está en lo alto con su canto cumplido. Y presencia el encuentro fugacísimo —el plazo de un suspiro— de Pedro con Jesús. El que había de ser roca se palpa consternado su carne derrotada y nota que es de barro. Las manos se le hunden en una arcilla sucia, inconsistente, macerada en la pena. Una bandada de cuervos le tira de los ronzales del pensamiento hacia el barranco de la desesperación. La culpa, negra, le gravita en el alma como un puñal soberbio. El gallo, blanco, le aproxima esperanza. Y el tremendo combate se termina asiéndose con furia a los ojos de Cristo que le ofrecen perdón detrás de las ortigas. Se levantó el tablacho y los riachuelos del llanto discurrieron, ya desamordazados, por los bancales del amor para siempre.

Y el gallo testigo, gallo hermano, gallo ángel, gallo gracia llena el amanecer con un tercer quiquiriquí que parece un repique de gloria anticipado.

Rafael García

REVISTAS DE SEMANA SANTA

SANTO

MIERCOLES SANTO

E

En mi trabajo «La prensa en Murcia y su eco social», el último apartado va dirigido a las revistas-programa de fiestas, que si bien no pueden tildarse de informativas, no dejan de tener un fuerte sabor a periodicidad y olor de imprenta.

Suelen ser anuales en el mejor de los casos y más frecuentemente esporádicas, sometidas a los vaivenes no ya sólo de la celebración sino a la disponibilidad económica de los organizadores y al entusiasmo de la persona o personas dispuestas al sacrificio que supone coordinarlas y montarlas.

Entre este tipo de revistas incluyo MIERCOLES SANTO, de la Archicofradía de la Preciosísima Sangre, de tan fuerte raigambre murciana. Apareció en 1949 y desde aquellas fechas mantiene su formato, número de páginas y la colaboración de los mejores escritores murcianos del momento. Dispone de buenas reproducciones fotográficas y usa el color con acierto. No en vano han sido periodistas sus alentadores, aunque el nombre del director ha permanecido en el anonimato.

Ultimamente ha dado un salto adelante mejorando la calidad del papel y la presentación.

Pero no es de MIERCOLES SANTO de quien quiero hablar, sino de la necesaria presencia de estos programas cuya finalidad es la de ser un aviso de las devociones, para las que nace y vive, y también un aporte económico que viene bien a la organización.

Según mis datos que abarcan toda la provincia, la primera revista independiente de las separatas ofrecidas por los diarios y de los amplios espacios periodísticos dedicados a estos fastos, fue de Jumilla, en 1883. La sigue otra de igual título —Semana Santa— en Lorca, pero ya en 1902. La tercera corresponde a Cartagena y es de 1916.

Las publicaciones diarias se anticiparon incorporando a sus páginas ordinarias otras recordando la anual efemérides, y no sólo en las de corte católico, pues las más liberales aprovechaban la ocasión, casi desdiciéndose de sus ideas, pretextando la razón económica que suponía la presencia publicitaria. Estas páginas, como las de los gruesos suplementos —famosos son los de La Verdad de los años 20 y 30— anularon en Murcia a los anunciadores independientes. Tanto es así que no tengo registrada aparición alguna hasta el año 40.

Al paso de los años, principalmente en Murcia y Cartagena, la proliferación será abundante gracias al apoyo publicitario; al interés turístico que despiertan, pues llegan a recibir aportaciones oficiales, principalmente de los ayuntamientos, y del entusiasmo de algún publicista que ve en ella un aceptable beneficio.

Se caracterizan por la composición de las páginas, con grabados de mérito, con frecuencia en color; sus amplios espacios en blanco embelleciendo su presencia; la calidad de las colaboraciones literarias y la voluminosa paginación con más de la mitad dirigida a los anuncios. Las colaboraciones se centran, como pie obligado, en las procesiones o en los festejos adjuntos, los de primavera, en Murcia. Las bellas páginas líricas y poesías se entremezclan con las aportaciones de datos históricos, recuerdos, evocaciones y anécdotas que hacen amena su lectura, aunque el esfuerzo no sea, en muchísimas ocasiones, mayor.

La única revista de cofradía que conozco es MIERCOLES SANTO, el resto alcanza a todas las celebraciones de la Semana Santa de la localidad en que nacen y en Murcia se les añade los festejos de primavera.

No tengo datos estadísticos a mano ya que son difíciles de conseguir por la gran irregularidad en la aparición de estas revistas tanto a nivel local como geográfico, aunque buenos y abundantes son los fondos del Archivo Municipal de Murcia. Si puedo afirmar de su presencia en numerosas localidades como Alcantarilla, Cieza, Yecla, Jumilla, Lorca, Cartagena, Murcia, Moratalla, Molina y un nada despreciable etcétera. Unas con continuidad como MIERCOLES SANTO o el Libro de Oro de Cartagena, otras eventuales, como las de Molina.

No es momento de profundizar en las causas de su aparición o desaparición ni en la de su finalidad última, queden, solamente, como un feliz intento que tiene su mérito y no despreciable.

Se hace necesario un estudio y selección de los trabajos de estas revistas-programa, a la búsqueda de aportaciones originales y a veces insólitas.

Antonio de los Reyes

EL LAVATORIO O LA LECCION DE HUMILDAD DE CADA MIERCOLES SANTO

«Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.» (Jn. 13,1).

Jesús siempre había amado a los suyos con un amor sobrehumano, con un amor que excede todo amor, con un amor tan sobreabundante, que ellos no alcanzaron a comprenderlo y que a veces no pudieron siquiera llegar a contener en sus pequeños corazones.

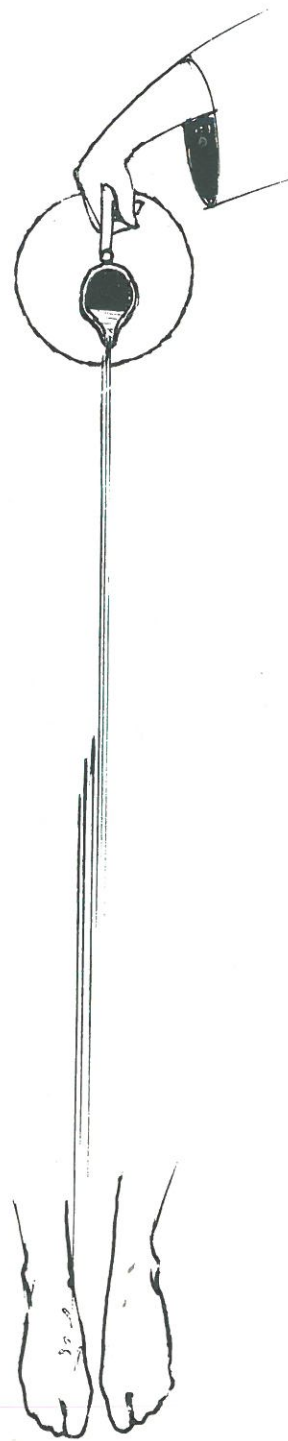
No, los discípulos no habían llegado a comprender realmente el amor que el Maestro sentía por ellos. Por eso, ahora, cuando sabe que va a abandonar a los suyos para siempre, quiere demostrarles el afecto que les tiene. Y en ésta, la Última Cena con sus amigos, «se levantó de la mesa, se quitó el manto, y, tomando una toalla se la ciñó. Luego echó agua en una jofaina y comenzó a lavar los pies a sus discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido». (Jn. 13,4-5).

Así, se humillará Jesús ante los suyos. El Maestro se va a poner a los pies, se va a poner por debajo de sus discípulos. El Hijo de Dios no se conformará con haberse despojado de su condición divina y con ser uno más entre los hombres, eso, le parece poco; quiere ir todavía más lejos, quiere demostrar que no ha venido a ser servido sino a servir; quiere aceptar y acepta la condición del más despreciado de los hombres rebajándose ante sus inferiores, como si fuese el último. ¿Se ha conocido humildad más grande en hombre alguno?

Pero, a pesar de todo, Jesús está satisfecho de lavar los pies a sus amigos, porque sabe que sólo así podrá hacer llegar a los corazones pequeños y orgullosos de aquellos hombres esa enseñanza que tantas veces les había repetido y ellos todavía no habían asimilado: «el que se ensalza será humillado, el que se humilla será ensalzado».

Y ésta es la gran lección de humildad que Cristo dio a sus discípulos en la última Cena con ellos; la gran lección de humildad que nos da a todos nosotros cuando año tras año el Lavatorio recorre nuestras calles bajo el hermoso cielo estrellado de éste incomparable Miércoles que llamamos Santo; cuando la Sangre Preciosísima de Cristo inunda las arterias de nuestra Murcia del alma y la fragancia del azahar nos anuncia a los murcianos que la primavera ha alcanzado su plenitud.

Antonio Cerdá Meseguer
Mayordomo de la Archicofradía



Por qué me siento colorao

No es fácil explicar por qué me siento «colorao». Y no lo es, porque, los grandes sentimientos sin duda alguna pierden gran parte de su grandiosidad cuando se pretende dejar constancia de ellos sobre un papel.

A pesar de todo, tengo por seguro que mucho de nazareno «colorao» había ya en mí cuando nací; pues, no en vano, mi familia tanto por línea paterna como materna —mi abuela materna es la camarera del Lavatorio, «paso» al que le tengo un enorme cariño y de cuya Hermandad me cabe la satisfacción de ser regidor— ha estado siempre y lo sigue estando, muy vinculada a la Archicofradía carmelitana. Así, haciendo un juego de palabras podría decir que «soy nazareno de la Sangre porque lo llevo en la sangre». Pero, siendo cierta esta afirmación y teniendo enorme importancia la vinculación familiar a la Archicofradía, a ello se une, al menos en mi caso, toda una serie de vivencias e ilusiones que me hacen sentirme «colorao» y sentir de verdad a los «coloraos».

No es posible para mí ser «colorao» sin tenerle un enorme cariño a Murcia, porque Murcia su Semana Santa y la procesión de los «coloraos» es toda una misma cosa. No se puede concebir Murcia en toda su dimensión sin su Semana Santa, ni es posible concebir a ésta sin procesión de los «coloraos»; y de otro lado, no cabe imaginar la procesión colorada en otro marco que no sea el de la Primavera murciana con la luz cárdena del atardecer del Miércoles Santo y los aromas penetrantes que el cáldido vientecillo primaveral nos trae de los huertos y jardines.

Es necesario esperar ansiosamente todo el año la llegada de la Cuaresma que nos trae consigo la celebración de los cultos a nuestro excelso Titular y que nos anuncia que el Miércoles Santo está cercano, que es necesario ir preparando las túnicas porque no se puede esperar al último momento.

Hace falta sentir en lo más hondo el ritual de revestirse con la túnica, como antesala de la procesión ya inminente; participar en esa procesión poniendo todo tu empeño por lograr su mayor religiosidad y brillantez y, por qué no decirlo, sentir que las lágrimas afloran cuando pasada la medianoche las puertas de la Iglesia del Carmen se cierran tras haber entrado el Cristo de la Sangre y piensas que todavía queda un año para que llegue otro Miércoles Santo.

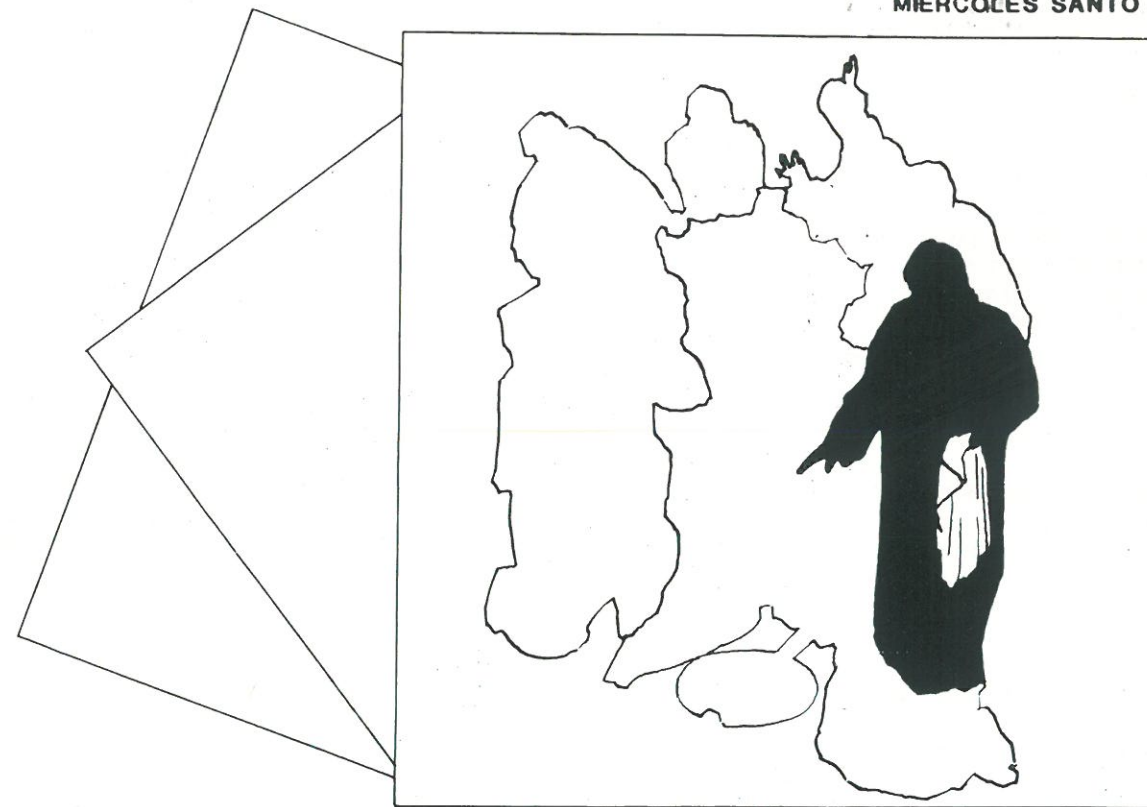
Pero sobre todo, y aunque lo haya dejado para el final, hay que tenerle un especial cariño al Santísimo Cristo de la Preciosísima Sangre; a ese Cristo que, con sus pies desclavados de la Cruz camina hacia tí, que te mira hasta llegar a lo más íntimo de tu conciencia y que con sus labios entreabiertos por el dolor, va predicando a todos los murcianos su lección de penitencia.

Antonio Cerdá Meseguer
Mayordomo de la Sangre



CUENTOS COLORAOS

MIÉRCOLES SANTO DE LA MEMORIA



Ahora, cuando ya es primavera en el corazón del almanaque, la Semana Santa de Murcia se nos aproxima y llega con la gozosa puntualidad del tiempo. Un tiempo que nos va avanzando por la piel y las pupilas y que va llenando la memoria a la vez que pone —cada nuevo año en este tiempo— más gotas de nostalgia en el cerebro.

El «Miércoles Santo», el día de la procesión de los «coloraos» está en mi memoria intenso y multiplicado, hasta el punto de que no parecen jornadas diferenciadas, sino que como en una especie de mágico rosario se unen en recuerdo hasta crear un largo, bello y único Miércoles Santo.

Por ejemplo aquella calle grande —donde viví unos años— de Floridablanca. Al fondo las torres hermanas de la iglesia del Carmen. Había árboles, grandes árboles. Pasaban los carros chirriando por los abombados adoquines; pasaban luego gentes, en esa determinada jornada, engalanadas y ligeras para hacer eso de «coger las sillas». Desde aquel mirador de estilo modernista veía yo —¡qué alegre sobresalto!— el primer nazareno, inconfundible, distinto, tan «colorao». El seno cuajado y pleno. La ilusionada esperanza infantil de si ese nazareno sería amigo, conocido de quienes me iban a llevar a la procesión.

La iglesia del Carmen, cuando yo la visitaba en la víspera o por la mañana, cuando los niños nos aproximábamos en tromba, escrutadores y bulliciosamente silenciosos, tenía algo de extrañamente mágico. Los pasos ya allí dispuestos, sobre las andas, aún sin flores. Pronto la iglesia comenzaría a tener una actividad inusitada, incluso se hablaría como en voz alta... allí ¡en la iglesia! Todo un pequeño ejército de gentes iba estando ya dispuesta a poner en marcha los últimos, urgentes, necesarios preparativos.

Aquel año, salía un paso nuevo «El Lavatorio», de un escultor murciano, González Moreno. Alguien señaló que el escultor era aquel señor que estaba allí, junto al paso y que hablaba con unos carpinteros. Yo jamás había visto a un escultor y allí lo veía, en la iglesia del Carmen, un Miércoles Santo por la mañana.

El Verrugo tenía la mirada torba y aún no le habían puesto las habas. Eran las primeras habas que había en Murcia, según decían... Una tarde, una noche, extrañamente vi la procesión en el Puente Viejo. El Buen Cristo desclavado caminaba lento y rojo entre el rojo sangre que inundaba la noche junto al río; el río de agua donde los peces brillantes de sangre sus escamas saltaban, en retroceso imposible por el resbaladizo azud, tal vez aturrido por las bocinas y los tambores retumbantes.

Desde aquella noche, aquella primera noche en que la edad ya me permitía ver sólo la procesión, siempre, siempre la he visto regresar desde el puente. Además, aquel primer año mío de libertad descubrí que mi padre —que año tras año me había llevado a ver salir la procesión— le gustaba a él verla regresar también, como otros tantos murcianos, desde el Viejo Puente Viejo. Este año (el Miércoles Santo es un largo día fusionado, sin fraccionamiento temporal, sino continuo en mi memoria) tal vez mi hijo mayor, casi seguro, la verá también allí y puede, es seguro que yo me encuentre con él y con sus amigos, y regresemos juntos a casa. Cuando ya el Cristo de la Sangre vaya dando sus últimos pasos, penetrando entre una emoción contenida por la puerta grande, abierta de esa iglesia de dos Torres hermanas.

Antonio Segado del Olmo

Orden de la procesion

- Banda de cornetas y tambores.
- Pendón mayor de la Archicofradía, con escolta de mayordomos.
- Estandarte y tenebrarios de la Hermandad de la Samaritana.
- Hermandad de cofrades-penitentes de la Samaritana.
- «Paso» de la Samaritana. Figuran en este «paso» las imágenes de Jesús y la mujer de Samaria. Ambas esculturas obra del escultor Roque López en el año 1799. Viste Jesús túnica de terciopelo bordada en oro fino, y la Samaritana traje de seda murciana confeccionado en el siglo XVIII. Portan este trono veinticinco nazarenos-estantes. Su camarero don Juan Guardiola Mas.
- Banda de música.
- Estandarte y tenebrarios de la Hermandad del Lavatorio.
- «Paso» del Lavatorio. Integran este «paso» las figuras de Jesús y sus doce apóstoles. Es obra del escultor murciano Juan González Moreno, entregado a la Archicofradía en el año 1952. Portan este trono cuarenta nazarenos-estantes. Es su camarera doña Juana Montesinos Viuda de Mesequer.
- Banda de música.
- Estandarte y tenebrarios de la Hermandad de la Negación.
- Hermandad de cofrades-penitentes de la Negación.
- «Paso» de la Negación, integrado por las imágenes de Jesús y San Pedro, obras de Molera en 1947 y de De Bussi en 1702, respectivamente. Portan este trono veintiséis nazarenos-estantes. Es su camarera D.^a Encarnación Martínez Crevillen de Pardo.
- Banda de música.
- Estandarte y tenebrarios de la Hermandad del Pretorio.
- Hermandad de cofrades-penitentes del Pretorio.
- «Paso» del Pretorio, en el que figuran las tallas del Ecce-Homo (obra de Nicolás de Bussi en 1701), Pilatos (de Sánchez Lozano), un centurión y legionarios romanos (de Molera) y la popular figura del Berrugo. Portan este trono veintiocho nazarenos-estantes. Es su camarero don Jesús Navarro Gallego.
- Primera sección de carros-bocinas y tambores de la Archicofradía.
- Estandarte y tenebrarios de la Hermandad de las Hijas de la Archicofradía.
- Estandarte y tenebrarios de la Hermandad de las Hijas de Jesurálén.
- Hermandad de cofrades-penitentes de las Hijas de Jerusalén.
- «Paso» de las Hijas de Jerusalén, obra del escultor murciano González Moreno, entregado a la Archicofradía en 1956. Portan este trono treinta y seis nazarenos-estantes. Es su camarera doña Agustina Sánchez Sandoval de Martínez Espejo.
- Segunda sección de carros bocinas y tambores de la Archicofradía.
- Estandarte y tenebrarios de la Hermandad del Cristo de las Penas.
- Hermandad de cofrades-penitentes del Cristo de las Penas.
- «Paso» del Cristo de las Penas, obra del escultor murciano Antonio García Mengual, entregada a la Archicofradía el día 5 de febrero de 1980. Muestra la figura de Jesús en actitud paciente momentos antes de la crucifixión, despojado ya de sus vestiduras. Portan este trono treinta y dos nazarenos-estantes. Es su camarero don Antonio Sánchez del Campo.

- Banda de música.
- Estandarte y tenebrarios de la Hermandad de San Juan.
- Hermandad de cofrades-penitentes de San Juan.
- «Paso» de San Juan, obra del escultor Dorado entregada al año 1892. Portan este trono dieciocho nazarenos-estantes. Es su camarero don José C. Carreres Alfonso.
- Banda de música.
- Estandarte y tenebrarios de la Hermandad de la Dolorosa.
- Hermandad de cofrades-penitentes de la Dolorosa.
- «Paso» de la Dolorosa. Hermosísima talla atribuida por unos a De Bussi en 1709 y por otros a Roque López en 1799. Portan este trono dieciocho nazarenos-estantes. Es su camarero D. José M.^a Ruiz Funes.
- Banda de música.
- Estandarte de la Archicofradía y tenebrarios del Cristo de la Sangre.
- Hermandad de cofrades-penitentes del Cristo de la Sangre.
- «Paso» del Santísimo Cristo de la Preciosísima Sangre, titular de esta Real, Muy Ilustre y Venerable Archicofradía. Esta impresionante imagen es obra de De Bussi, entregada en 1703. Portan este trono veinticuatro nazarenos-estantes. Es su camarera la señorita Mary Ruiz Morata.
- Escolta de honor del Cristo de la Sangre.
- Presidencia de la Archicofradía y Parroquia.
- Presidencia de honor del Regimiento de Artillería número 18 de Campaña.
- Banda de cornetas, gastadores y sección del Regimiento de Artillería número 18 de Campaña.

NOTA. La procesión saldrá del templo arciprestal de Ntra. Sra. del Carmen, sede de la Archicofradía, a las OCHO en punto de la noche del día 18 de abril, Miércoles Santo.

